

PEREGRINOS POR GRACIA

**“¿QUÉ CONVERSACIÓN ES LA QUE LLEVÁIS
POR EL CAMINO...?” (Lc. 24, 17)**

**AÑO SANTO COMPOSTELANO
2004**

**CARTA PASTORAL
DEL
EXCMO. Y RVDMO. SR. ARZOBISPO DE SANTIAGO,
D. Julián Barrio Barrio**

Edita:

Arzobispado de Santiago

Imprime:

Agencia Gráfica Gallega

Dep. Legal:

**VIDA CRISTIANA,
VIDA DE GRACIA**

VIDA CRISTIANA, VIDA DE GRACIA

I. VIDA CRISTIANA, VIDA DE GRACIA

1.- Primer año Santo Compostelano del tercer milenio

A la tumba del Apóstol Santiago siguen llegando numerosos peregrinos de todo el mundo en el discurrir de cada año. No ignoramos en estos momentos el significado y el relieve que ha conseguido el fenómeno jacobeo en relación con el Camino de Santiago, la peregrinación y el Jubileo. Desde una lectura supuestamente crítica en otros tiempos, se está pasando a reducir la antropología del “*hombre en camino*” a un acontecimiento meramente político-cultural-turístico, olvidando la dimensión religiosa. Se intenta hacer simplemente una lectura secularizada de la realidad jacobea¹.

En el pasado Año Santo Compostelano, siguiendo la doctrina expuesta en la Carta Pastoral de los Obispos del

(1) Cf. E. ROMERO POSE, *El Jubileo Compostelano: I Giubilei nella storia della Chiesa*. Atti del Convegno internazionale in collaborazione con l'École Française de Rome sotto il patrocinio del Comitato Centrale per il Giubileo del 2000, Roma, Istituto Patristico Augustinianum, 23-26 giugno 1999, Libreria Editrice Vaticana, Roma 2001, 90-105, especialmente p. 104.

“Camino de Santiago” en España² y en las abundantes referencias de Juan Pablo II a Compostela y a su Camino³, intenté ofrecer mi sencilla aportación a esta visión católica de la peregrinación jacobea, del camino de Santiago y del Jubileo con mi pastoral “*Peregrinar en espíritu y en verdad*”⁴. También en esta ocasión quiero hacerlo a través de esta reflexión que ayude a preparar y celebrar el Año Santo Compostelano 2004.

2.- *El sentido y los objetivos del Jubileo Compostelano*

Los comienzos del tercer milenio del cristianismo con toda la carga simbólica y expresiva que ello encierra y con todos los retos que la Iglesia ha de afrontar en *esta nueva*

(2) *El Camino de Santiago. Un Camino para la peregrinación cristiana*, Santiago 1988, 47 p.

(3) Cf. Homilía en la Misa del Peregrino (9 de noviembre de 1982): *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, I, V/3(1982)1245-1251; Acto europeístico (9 de nov. 1982), en: I, V/3(1982)1257-1263; Discurso en la celebración de las “Visperas de Europa”: la Heldenplatz de Viena (10 de septiembre de 1983), en: I, VI/2(1983)436-444; Discurso en la visita a la sede de la Comunidad Económica Europea en Bruselas, en: I, VII/1(1985)1578-1588; Discurso durante el encuentro con el mundo de la cultura en el salón Cinquecento del Palazzo Vecchio de Florencia (18 octubre 1986), en: I, IX/2(1986)1083-1094; Discurso a los obispos españoles de la Provincia eclesíástica de Toledo en la visita “ad limina apostolorum” (19 de diciembre de 1986), en: I, IX/2(1986)1990-1997; Diálogo con los jóvenes de Europa en el estadio “Meinau” de Estrasburgo (8 de octubre de 1988): *L'Osservatore Romano* (=OR) 10 de octubre de 1988; Discurso en la audiencia general del 22 de agosto de 1989, en: OR 24 de agosto de 1989, p.4; Discurso a los cardenales, a la familia pontificia, a la curia y a la prelatura romana en la audiencia general del 22 de diciembre de 1989, en: OR, 23 de diciembre de 1989, pp 4-5; Discurso a la Plenaria del Pontificio Consejo para la Cultura (12 de enero de 1990), en: OR 13 de enero de 1990, p. 5; Saludo a los jóvenes en el santuario de Jasna Góra (14 de agosto de 1991), en: OR, 16-17 de agosto de 1991, p. 4; Mensaje a los participantes en el Encuentro Europeo de Jóvenes en Santiago de Compostela (7 de agosto de 1999), en: OR 9-10 de agosto de 1999, p. 5.

(4) Cf. J. BARRIO BARRIO, *Peregrinar en espíritu y en verdad. Carta Pastoral*, Santiago de Compostela 1997, 64 p.

etapa de su camino, sitúan providencialmente a este Año Santo en una perspectiva especial para responder a la invitación a “remar mar adentro” en la hondura de nuestro compromiso cristiano. De un modo u otro la herencia espiritual y cultural de Compostela se nos presenta en estos momentos como inequívoca luminaria que orienta el espíritu cristiano de Occidente. Siguiendo una tradición de siglos, el hombre de nuestros días, en la búsqueda de la referencia apostólica, peregrinará al Sepulcro del Apóstol Santiago el Mayor.

La celebración festiva de este Jubileo, Año de Gracia, tiene que ser para todos motivo de alegría y esperanza, como llamada a la conversión continua en la vida de los cristianos, tanto personal como socialmente, conscientes de la trascendencia del mensaje cristiano, que consiste en el paradójico pero feliz ensamblaje del *ya sí* y *todavía no* de la salvación definitiva aportada por Cristo a la humanidad⁵. En la noche de la fe y de la esperanza por la que estamos pasando, el peregrino jacobeo tiene que ser vigía que anuncie la aurora de la vida después de la muerte, proclamando la fe en la resurrección y en la vida eterna⁶, y haga fácil el camino de la peregrinación, practicando las virtudes más humildes.

Según San Agustín “las palabras del Señor nos advierten que, en medio de la multiplicidad de ocupaciones de este mundo, hay una sola cosa a la que debemos tender. Tender

(5) “Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo. Porque en esperanza estamos salvados; que la esperanza que se ve, ya no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo?; pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos” (Rom 8,22-25).

(6) Cf. COMISION EPISCOPAL DE LA FE, *Esperamos la resurrección y la vida eterna*, Madrid 1995.

porque somos todavía peregrinos, no residentes; estamos aún en camino, no en patria definitiva; hacia ella tienden nuestros deseos, pero no disfrutamos aún de su posesión”⁷. Es preciso abandonar toda forma de idolatría en nuestros tiempos y aspirar a glorificar a Dios sin dejarnos amedrentar por los que enseñan doctrinas extrañas al Evangelio. En este propósito, se peregrina a Santiago para confesar la fe en Cristo, acoger la gracia del perdón por la penitencia y el sacrificio y hacer memoria de los orígenes apostólicos de nuestra tradición cristiana, recuperando el contenido de su originalidad permanente y renovando la fidelidad a la misma cuyas raíces se remontan al mandato del Señor: *“Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos”* (Mt 28,19-20). Ante “la cultura de la disensión” es necesario tomar conciencia del sentido de la ortodoxia. Esta inquietud, acompañada de la gracia, fortalece la fe, ayuda a mantener la tensión espiritual, dejando a un lado la pasividad, la indiferencia y la mediocridad, y aviva el deseo de la perfección cristiana en el camino de la santidad.

3.- La gracia de Dios para el hombre peregrino de la salvación

La relación salvífica Dios-hombre es una historia de amor, en la que Dios, mediante el don de sí mismo en Jesucristo, posibilita la libertad, la dignidad y la plenitud del hombre. “El conocimiento cristiano de Dios es resultado de un camino de búsqueda, racionalidad y esperanza del hombre ante Dios, pero sobre todo de un camino de condescendencia, abajamiento y gracia de Dios para con el

(7) SAN AGUSTÍN, *Sermón 103, 1-2: Patrología Latina* (=PL) 38, 613.

hombre”⁸. De esta forma, la dinámica de la peregrinación histórica humana, teniendo en cuenta la acción providencial de Dios, pone de manifiesto que el hombre, creado “*a imagen y semejanza de Dios*”(Gen 1,26;2,7), es sujeto responsable e interlocutor cabal en un diálogo de libertad, en el que la estructura básica de la condición humana queda a salvo, no ignorando que el camino de la fe viene acompañado del sufrimiento, como advierte el apóstol san Pedro: “*Alegraos de compartir los padecimientos de Cristo para que cuando se manifieste su gloria, vuestro gozo sea desbordante*” (1Pe 4,13). Tampoco podemos ignorar que la tumba que veneramos en la Basílica compostelana es la del primer Apóstol que “*bebió el cáliz del Señor*” (cf. Mt 20,22).

4.- *La salvación cristiana, suprema gratuidad de Dios y suprema necesidad del hombre*

La indiscutible prioridad de la gracia divina no conlleva ni supone la anulación de la libertad humana. A este respecto son bien expresivas y paradigmáticas las palabras de Pascal: “*Conoce, pues, soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate, razón impotente; calla, naturaleza imbecil; aprende que el hombre sobrepasa infinitamente al hombre, y escucha a tu Señor cuál es tu verdadera condición que ignoras. Escucha a Dios*”⁹. Así pues, para que el camino de peregrinación, que por nuestra profesión de fe hemos emprendido, llegue a buen término, hay que tener siempre presente que la libertad y la gracia al igual que la razón y la fe, lejos de oponerse, son inseparables, pueden encontrarse porque *de hecho* se han encontrado ya en Jesucristo. En él se revela que la suprema gratuidad de Dios es la suprema

(8) O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 2001, 337.

(9) B. PLASCAL, *Pensamientos sobre la verdad de la religión cristiana*, nº 438, ed. J. Chevalier, Madrid s/a, 226-227.

necesidad del hombre. Él es lo que la fe cristiana llama “gracia” o “salvación”: el ser de Dios dándonos¹⁰.

La gracia, en cuanto *relación*, se expresa en la forma del encuentro e intercambio vital entre dos seres personales, en el que Dios ha condescendido con el hombre y el hombre se ha trascendido hacia Dios. La historia del cristiano es así la convergencia de dos caminos: el del Hijo que retorna al Padre y el del Padre, que va al encuentro del hijo menor. El Padre se nos ha dado, dándonos al Hijo y éste, a su vez, se nos entrega y nos hace partícipes de su existencia gloriosa, de modo que podamos decir en verdad: “*Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2,20).

El Hijo, al peregrinar a nuestra historia y al someterse a sus condiciones, la potencia y la transforma por dentro, haciendo así “*posible lo que era imposible*” (Rom 8,3), es decir, romper las leyes de la finitud y hacernos coherederos de su gloria “porque gloria de Dios es el hombre dotado de Vida; y Vida del hombre es la visión de Dios”¹¹. Dios dialoga con el hombre desde el origen durante los tiempos anteriores a la Encarnación de Cristo, y durante los tiempos posteriores, “*por cuanto nos ha elegido en Cristo antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad*” (Ef 1,3-5).

(10) Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, gracia, salvación*, Santander 1998, 86 s.

(11) SAN IRENEO, *Adversus haereses IV*, 20, 7: *Patrología Griega* (=PG) 7 bis, 1037. Cf. M. CABADA CASTRO, *El Dios que da que pensar. Acceso filosófico-antropológico a la divinidad*, BAC, Madrid 1999, cap. V y VI.

II. AÑO SANTO COMPOSTELANO, AÑO DE GRACIA

5.- *El tiempo y el espacio de la Redención cristiana*

El Año Santo Jacobeo pretende motivar al hombre en su condición de peregrino a contemplar lo que le transfiere a “las grandezas de Dios”, resaltando “el lugar sagrado” de la tumba del Apóstol Santiago como una “tienda” (Jn 1,14; cf. Ex 40,34-35; 1Re 8,10-13), meta de peregrinación que facilita al hombre el encuentro con Cristo.

El Santuario compostelano, en este caso, “es un signo de la presencia activa, salvífica, del Señor en la historia” y un refugio donde el pueblo de Dios, peregrino por los caminos del mundo hacia la Ciudad futura (cf. Heb 13,14) restaura sus fuerzas para continuar la marcha... Es imagen de la morada de Dios con los hombres (cf. Ap 21,3) y remite al misterio del Templo¹² que se ha realizado en el cuerpo de Cristo (cf. Jn 1,4; 2,22), en la comunidad eclesial (cf. 1Pe 2,5) y en cada uno de los fieles (cf. 1Cor 3,16-17; 6,19; 2Cor 6,16)¹³. En el trasfondo de la historia de la salvación juega un papel primordial el “tiempo” que “es como una imitación de la eternidad”, pero no hay que olvidar que en la actuación concreta del misterio de la Encarnación la dimensión “espacio” no es menos importante que la del “tiempo”¹⁴, si bien es

(12) Cf. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Madrid 2001, pp 75 ss; Y.M. CONGAR, *Le mystère du temple*, Cerf 1958. F. MUSSNER, *Jesus und “das Haus des Vaters”. Jesus als “Tempel”*: J. SCHREINER, *Freude am Gottesdienst*, Stuttgart 1983, 267-275.

(13) CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS (=CCDYDS), *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Ciudad del Vaticano 2002, n° 262-263.

(14) Cf. JUAN PABLO II, *Sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación. Carta del Santo Padre Juan Pablo II*. 29 de junio de 1999, n° 1.

verdad que desde que Cristo pasó de este mundo al Padre (cf. Jn 13,1), “realizando en su persona el éxodo definitivo, para sus discípulos ya no existe ninguna peregrinación obligatoria: toda su vida es un camino hacia el santuario celeste y la misma Iglesia dice de sí que es peregrina en este mundo”¹⁵.

6.- *La historia de la salvación como diálogo entre personas libres*

La historia de la salvación es un diálogo en el que Dios se revela como Libertad absoluta. Lo que equivale a decir que Dios se manifiesta como realidad *personal*, puesto que libertad y persona se implican mutuamente. Ante el drama de la despersonalización¹⁶ que está sufriendo la persona humana en nuestros días, hay que afirmar con claridad que la libertad es el distintivo decisivo de la diferencia entre los seres personales y los impersonales: donde hay libertad, hay persona, y donde no hay libertad no hay persona. Y viceversa: donde hay persona hay libertad, y donde no hay persona, no hay libertad.

Si Dios es Libertad absoluta, es también Conciencia plena de Sí, Plenitud personal. Un Dios impersonal sería superfluo, carente de importancia para el hombre. Sólo en virtud de su Libertad absoluta es Dios trascendente respecto al mundo, al hombre y a la historia. Al Dios impersonal “el hombre no puede dirigirle oraciones ni ofrecerle sacrificios. Ante [él], el hombre no puede postrarse de rodillas en un desahogo de temor religioso, ni tocar música o dan-

(15) CCDYDS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia...*, nº 281.

(16) Cf. J. MARIAS, *Persona*, Madrid 1996; id., *Mapa del mundo personal*, Madrid 1993; id., *La perspectiva cristiana*, Madrid 1999, 119 ss; C. DIAZ, *La persona como don*, Bilbao 2001; R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Madrid 2000.

zar”¹⁷. Evidentemente, un Dios ante el cual el hombre no puede tomar actitudes personales no puede ser el Dios del hombre. La realidad impersonal es sólo para el hombre *un objeto, una cosa*, que no tiene ningún interés para la libertad humana.

En nuestra relación libre con Dios hay que tener siempre presentes sus dos atributos de trascendencia y personalidad, que en Jesucristo encuentran la superación de toda contradicción, puesto que en Él, Palabra encarnada, ya no es el imperio de las ideas, los valores y las leyes abstractas, el que rige la historia y funda su sentido: *Él mismo es historia*. En la vida de Cristo lo fáctico no sólo coincide con lo normativo “de hecho”, sino “necesariamente”, porque el “hecho” es a la vez manifestación de Dios y prototipo de lo auténticamente humano según el plan de Dios¹⁸.

7.- *El Dios de Jesucristo “concreto y personal”*

Así es como Cristo, por su recapitulación de la historia, se hace norma suya, no una norma abstracta universal, sino la eternidad *en* el tiempo, la verdad *en* la singularidad de su persona y de su vida. Ciertamente, en la visión cristiana de la historia lo concreto no se somete a la norma de lo general, no es nunca puro “caso”. Sin embargo, todo en la historia está sometido a la norma de Jesucristo, verdad de razón universalmente normativa en virtud de la receptividad del Hijo encarnado.

De esta forma el Dios cristiano, en cuanto *trascendente y universal*, es Señor del “tiempo” y del “espacio”, puesto

(17) Cf. M. HEIDEGGER, *Identität und Differenz*, Stuttgart 1957, 70.

(18) “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, n.º 22.

que en su acción creadora todo ha salido de sus manos¹⁹ y está presente en todos los lugares: “*Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes, él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos*” (Sal 24,1-2). Así, todo el mundo puede ser considerado “lugar sagrado” o “templo” de Dios.

Sin embargo, como *concreto y personal*, el Dios revelado en Jesucristo se ha manifestado en la historia de la salvación de una forma especial en lugares sagrados determinados, tales como el templo de Jerusalén (cf. Sal 122,1-2), y sobre todo en el espacio sagrado por excelencia que es Cristo, nuevo “templo” (Jn 2,21), en el que habita la “plenitud de la divinidad” (Col 2,9).

8.- *Transformación de la experiencia universal del “espacio sagrado”*

A tenor de estos presupuestos, “el misterio de la Encarnación [...] transforma la experiencia universal del «espacio sagrado», restringiéndola por un lado y, por otro, resaltando su importancia en nuevos términos. En efecto, la referencia al espacio está implicada en el mismo «*hacerse carne*» del Verbo (cf. Jn 1,14). Dios ha asumido en Jesús de Nazaret las características propias de la naturaleza humana, incluida la ineludible pertenencia del hombre a un pueblo concreto y a una tierra determinada [...]. La concreción física de la tie-

(19) Escribe San Agustín: “Pregunté a la tierra, y me dijo: ‘No soy yo [tu Dios]’; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos... y me respondieron: ‘No somos tu Dios; busca por encima de nosotros’. Pregunté a las auras, y el aire con todos sus moradores dijo: ‘Se equivoca Anaxímenes; yo no soy tu Dios’. Pregunté al cielo, la sol, a la luna y a las estrellas, y me dijeron: ‘Tampoco somos nosotros el Dios que buscas’. Y dije a todas las cosas que rodean las puertas de mi carne: ‘Decíme algo de mi Dios, ya que vosotros no lo sois; decíme algo de Él’. Y exclamaron con gran voz: ‘Él nos hizo’. La pregunta fue mi mirada; su respuesta fue su belleza” *Confesiones*, X,6,9: PL 32, 783.

rra y de su emplazamiento geográfico está unida a la verdad de la carne humana asumida por el Verbo”²⁰.

Es en este contexto de la Encarnación²¹ donde se sitúa el “tiempo y lugar sagrados” concretos del Año Santo Compostelano, gracia para todos y, singularmente, invitación a los que se encuentran distantes de una actitud de fe, para volver de nuevo a la vida cristiana. Los que necesitan médico son los enfermos (cf. Mt 9,12), para retornar al pastor de nuestras almas, si estamos descarriados (cf. 1Pe 2,25).

9.- Gracia y conversión en un diálogo en libertad

Gracia y conversión son, pues, las coordenadas por las que se tiene que regir toda peregrinación. El principio esencial de la vida cristiana es la primacía de la gracia, que está muy lejos de aquella tentación de adular todo camino espiritual y la acción pastoral, “al pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, no podemos hacer nada (Jn 15,5)”²².

Aunque el don de Dios es definitivo y está del todo dado, queda aún pendiente el acogimiento por parte de los hombres, en un acto de conversión a través de un diálogo en libertad. En la aceptación de la revelación salvífica, el

(20) JUAN PABLO II, *Sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia...*, nº. 3.

(21) Cf. Estudios sobre la dimensión bíblica, teológica, espiritual, escatológica del Jubileo de los autores I. Cardellini, G. Gottier, A. M. Triacca, A. Vanhoye, E. Romero Pose y F.E. George: *Seminarium* 39/1 (1999).

(22) JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte”*, nº 38.

hombre, cual peregrino, abandona su anterior estructura de vida personal, ansiando estar con Cristo y esperando ser revestido de la nueva condición, a la luz y sobre el fundamento de la verdad recibida graciosamente de Dios. La vida del hombre peregrino no es cosa fácil, porque continuamente tiene que vencer la tentación de instalarse y de aferrarse a las realidades o creaciones humanas, que no son medio directamente expresivo de la novedad cristiana. El peregrino cristiano, "caminante hacia el cielo pero con sus raíces en la tierra", ha de aligerarse de todo lo superfluo o de todo aquello que no ha sido conformado por el espíritu de las Bienaventuranzas. Así nos lo enseña el Concilio Vaticano II: "Los cristianos, una vez adquirida la competencia profesional y la experiencia que son absolutamente necesarias, respeten en la acción temporal la justa jerarquía de valores, con fidelidad a Cristo y a su evangelio, a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las Bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de la pobreza"²³. Ciertamente, "el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas"²⁴.

III. ANUNCIO GOZOSO DE ESTA CELEBRACIÓN JUBILAR

10.- La peregrinación como expresión adecuada de la condición humana

"El tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía divina de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y a la penitencia, principio y camino de su rehabilitación y condición para recuperar lo que

(23) CONCILIO VATICANO II, *Constitución "Gaudium et Spes"*, n° 72.

(24) CONCILIO VATICANO II, *Constitución "Lumen Gentium"*, n° 31.

con sus solas fuerzas no podría alcanzar, la amistad de Dios, su gracia, la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano²⁵. Es la condición “peregrinante” de toda existencia humana la que hace a San Agustín exclamar: “Inquieto está nuestro corazón, hasta que descanse en ti”²⁶, y a Santo Tomás situar como categoría central de la *Suma Teológica* la condición del ser humano peregrino. Estar de camino es un constitutivo fundamental en la vida del hombre de todas las épocas. El creyente ve en ello el camino hacia la meta y hacia la consumación en Dios. Los pasos hacia esa meta son frecuentemente comparados con los pasos del caminante en el mundo y en la historia. También el Camino de Santiago, espacio y tiempo para el diálogo, la reconciliación y la paz, ha de recorrerse con el equipaje de la fe, de la confianza en Dios y de la caridad, pues si ésta falta en nuestro peregrinar, todo sería inútil (cf. 1Cor 13,2). Es una herencia que debemos vivir y transmitir con gratitud.

El sentido peregrinante es un rasgo profundamente enraizado en la visión cristiana de la vida y de la Iglesia²⁷. La peregrinación a Santiago de Compostela durante el Año Jubilar constituirá un acontecimiento capital para la comunidad cristiana universal en el empeño de renovar la vitalidad de la fe. El secular papel de lugar de encuentro que posibilita la ciudad del Apóstol Santiago en el concierto internacional y la extraordinaria herencia histórica y cultural del Camino de Santiago se revitalizan con la llegada de numerosos peregrinos procedentes de todos los continentes del mundo. La experiencia que estamos viviendo en esta Meta de peregrinación indica, de modo esclarecedor, que Santiago y las

(25) JUAN PABLO II, “*Incarnationis mysterium*”. Bula de convocación del Gran Jubileo del año 2000, nº 2.

(26) SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I,1,1: PL 32, 661.

(27) Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Lumen Gentium”*, nº 9.

rutas jacobeanas continúan siendo ese faro de esperanza y de concordia que guiarán los pasos de todo “*homo viator*” que, en expresión de San Agustín, aludiendo a los de Emaús, es cada hijo de Dios realizando su propio camino en la tierra.

La peregrinación en sus diferentes formas es el símbolo más adecuado para entender la vida del hombre²⁸, que se percibe fundamentalmente como camino hacia la eternidad, la verdad y la plenitud. El deseo de ser, de conocer, de amar que domina la vida humana no es otra cosa que el amor siempre presente de Dios: querer ser es amar la eternidad, querer conocer es amar la verdad, querer amar es amar el amor²⁹. Al principio se peregrinaba para borrar una culpa o para ganar indulgencia por los pecados, para conseguir la salvación espiritual, con la esperanza de curación de un mal corporal, pero también por el deseo de aventura. No hay que minusvalorar este último factor, pues la peregrinación fue para muchos de los peregrinos medievales la única posibilidad de salirse de su mundo rígidamente estructurado. De esta forma, los peregrinos de antes y de ahora tienen mucho de común, pues también hoy como ayer, en la peregrinación jacobea se abandonan las normas y quehaceres cotidianos y se retorna a los orígenes culturales y espirituales de la vieja Europa. Sin embargo, por encima de todo tiempo y lugar, la razón más profunda de la peregrinación a Santiago de Compostela es la conversión al Dios vivo a través del encuentro consigo mismo, pues “uno se prepara para descubrir el cristianismo no por la lectura de los libros ni por

(28) A este respecto puede consultarse el número 266 de la revista *Concilium* (1996), dedicada toda ella al tema de la Peregrinación.

(29) Cf. SAN AGUSTÍN, *De libero arbitrio* III, 9, 21: PL 32, 1282 ss; *De Trinitate* IV, 1, 2: PL 42, 887-889.

las perspectivas histórico-mundiales, sino por la profundización en la existencia”³⁰. De esta forma, el hombre es camino hacia Dios, pero Dios es camino hacia el hombre, en cuanto se ha abierto camino por la historia para llegar hasta donde está él: “Si Él no hubiera tenido voluntad de ser camino, extraviados andaríamos. Hízose, pues, camino por donde ir. No te diré ya: ‘Busca el camino’. El camino mismo es quien viene a tí. Levántate y anda”³¹.

11.- Anuncio gozoso para todos

El inicio del nuevo siglo es el punto de partida adecuado para especulaciones y pronósticos de todo tipo sobre lo que nos deparará el futuro³². Por otra parte es evidente el desasosiego humano y la incertidumbre dramática que generan la insolidaridad, la violencia y los hechos terroristas. Por esta razón, los pueblos tienen la responsabilidad, pero también la posibilidad, de expresar su voluntad de paz como actitud general de esperanza³³. De esta forma se aportará a la humanidad un positivo impulso de conciencia para emprender el camino del nuevo milenio.

Con tal esperanza, agradeciendo este privilegio concedido a la Iglesia particular de Santiago de Compostela, anuncio gozosamente el primer Año Santo Compostelano del tercer milenio e invito a los fieles de la Archidiócesis y de las diócesis hermanas de Galicia, del resto de España,

(30) Cf. S. KIERKEGAARD, *Obras y papeles. I Ejercitación del cristianismo*, Madrid 1961, 35.

(31) SAN AGUSTÍN, *Sermo* 141,IV,4: PL 38, 777.

(32) Sobre los diferentes aspectos del *Cambio de Siglo* pueden consultarse los artículos publicados en la revista *Cuenta y Razón* 126(2002).

(33) Cf. C. M. MARTINI, *Terrorismo, ritorsione, legittima difesa, Guerra e pace. Discorso per la vigilia di sant' Ambrogio 2001*, Milán 2001.

de Europa, y de otros continentes³⁴, para que se pongan en camino, respondiendo a la llamada de seguir decididamente a Cristo, confesando la fe en Él y recibiendo la abundancia de su misericordia.

(34) “El peregrino es amplia y cristiana universalidad que no resiste estrecheces de estirpes, de patrias o de fronteras, sino que se lanza resueltamente al ancho cauce de la catolicidad” PIO XII, *Mensaje a la Peregrinación de la Juventud Católica durante el Año Santo 1948: Acta Apostolicae Sedis*. 404(1948)417.

I

PEREGRINACIÓN A SANTIAGO DE COMPOSTELA, “LUGAR DE PERDONANZA Y DE GRACIA, FOCO LUMINOSO DE VIDA CRISTIANA”

I. PEREGRINACIÓN A SANTIAGO DE COMPOSTELA, “LUGAR DE PERDONANZA Y DE GRACIA, FOCO LUMINOSO DE VIDA CRISTIANA”

I. EL PEREGRINO JACOBEO EN EL INICIO DEL TERCER MILENIO

12.- Acogida del peregrino

De las características inherentes a la peregrinación una es la hospitalidad, obra de misericordia y testimonio de fe. La acogida solícita y religiosa es un aspecto de la caridad fraterna que hace que el cristiano se crea siempre deudor para con todos³⁵. “Todo lo que da la misericordia humana en este tiempo de peregrinación se lo devuelve después la

(35) “No debáis nada a nadie, sino el amaros los unos a los otros, porque quien ama al prójimo ha cumplido la Ley” (Rom 13,8). San Agustín escribió: “Ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Esté siempre en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede proceder sino el bien” *In Epistolam Johannis ad Parthos, VII, 8*: PL 35, 2033. Cf. *Didaché, XII, Regula Benedicti 53, 1-2*: “A todos los huéspedes ha de acogérseles como a Cristo, porque él lo dirá un día: ‘era peregrino y me hospedasteis’. A todos se les tributará el mismo honor, ‘sobre todo a los hermanos en la fe’ y a los extranjeros”.

misericordia divina en la patria definitiva”³⁶. El significado de la hospitalidad tiene una relevancia especial cuando se acoge al peregrino necesitado de atenciones materiales y espirituales en su peregrinar. No es sólo darle de comer o de beber sino escuchar lo que dice, aceptarle tal y como es. Esto trastoca nuestra vida. En casa de Marta y María “el Señor fue recibido en calidad de huésped, él que vino a su casa y los suyos no lo recibieron, pero a cuantos lo recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, adoptando a los siervos y convirtiéndolos en hermanos, redimiendo a los cautivos y convirtiéndolos en coherederos. Pero que nadie de vosotros diga: ‘Dichosos los que pudieron hospedar al Señor en su casa’. No te sepa mal, no te quejes por haber nacido en un tiempo en que ya no puedes ver al Señor en carne y hueso; esto no te priva de aquel honor, ya que el mismo Señor afirma: *Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*”³⁷.

13.- La peregrinación jacobea, peregrinación milenaria

“Además de la liturgia, la vida cristiana se nutre de formas variadas de piedad popular, enraizadas en las distintas culturas. Esclareciéndolas a la luz de la fe, la Iglesia favorece aquellas formas de religiosidad popular que expresan mejor un sentido evangélico y una sabiduría humana, y que enriquecen la vida cristiana”³⁸. A la luz de este texto del *Catecismo de la Iglesia Católica*, contemplamos la peregrinación jacobea, enraizada en una ancestral piedad y cultura popular, como una manifestación de religiosidad que viene a apoyar la expresión de la realidad salvífica, narrada en las Escrituras, guardada en la Tradición, “contenida” y actualizada simbólicamente en la liturgia

(36) SAN CESAREO DE ARLES, *Sermo* 25, 1: *Corpus Christianorum Latinorum* (=CCL) 103, 111.

(37) SAN AGUSTÍN, *Sermo* 103, I,2: PL 38, 613.615.

(38) *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 1679.

de los sacramentos. “No es de extrañar que la ruta jacobea haya sido considerada en algunas ocasiones paradigma de la peregrinación de la Iglesia en su marcha hacia la ciudad celestial, camino de oración y de penitencia, de caridad y solidaridad; tramo de la vida donde la fe, haciéndose historia en los hombres, convierte asimismo en cristiana la cultura”³⁹.

14.- *Ámbito cultural del peregrino, hoy*

El peregrino contemporáneo respira la atmósfera de la llamada cultura postmoderna que junto a los logros de una solidaridad acrecentada, de un maduro voluntariado, de un mayor respeto y defensa de los derechos humanos, ofrece, a su pesar, una cosmovisión propia entretejida con los hilos del relativismo y pluralismo⁴⁰, de la percepción exclusiva del presente que toca vivir, del puro placer, de una estética superficial, de una razón débil que cede cómodamente el paso a la sensación, al sentimiento y al instinto, y de un retorno a una “religiosidad comfortable” que no comprometa. Por otra parte, un discernimiento sobre esta situación concluye frecuentemente resaltando “el malestar de la civilización”. Se suele decir que otros tiempos fueron mejores porque no son los nuestros. En todo caso Dios sigue siendo Señor del tiempo y de la historia, y nosotros, salvados en Cristo, tenemos más motivos para alegrarnos que para quejarnos de nuestros tiempos⁴¹. Es verdad que al hombre de nuestros días no le

(39) JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre: IV Jornada Mundial de la Juventud. Santiago de Compostela, agosto 1989*, La Coruña 1990, 233.

(40) Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “*La Verdad os hará libres*” (*Jn 8,32*), Madrid 1990; J.A. MARTÍNEZ CAMINO, *Evangelizar la cultura de la libertad*, Madrid 2002, 19-40; J. RATZINGER, *Una mirada a Europa. Iglesia y modernidad en la Europa de las revoluciones*, Madrid 1993; id., *Ser cristianos en la era neopagana*, Madrid 1995; A. M^º ROUCO VARELA, *La Iglesia en España ante el siglo XXI Retos y Tareas*, Madrid 2001.

(41) Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La fidelidad de Dios dura siempre. Mirada de fe al siglo XXI*, Madrid 1999.

faltan interrogantes y le sobran zozobras en la búsqueda de la Verdad que nos hace libres. En estas circunstancias este Año Santo y la peregrinación jacobea, después de la celebración del Gran Jubileo del 2000, son una ocasión providencial para avivar la tarea de la nueva evangelización anunciando a Dios, primera realidad y cuestión primera, tal como nos ha sido revelado definitivamente en Cristo, “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14,6), al Dios trino, Padre que se autocomunica al hombre como salvación por el Hijo en el Espíritu Santo.

15.- La referencia a Dios como condición de la cultura auténtica

En la realidad pueden distinguirse dos mundos distintos: un mundo natural, un mundo de las cosas tal como aparecen en la naturaleza y otro mundo de las cosas que ya no son productos simples de la naturaleza, sino del hombre mismo, como así podemos considerar los bienes culturales. En este sentido la cultura es todo aquello en lo cual el hombre ha depositado una intención finalista o significativa⁴². Más aún, en la vida humana todo es cultura⁴³, dado que pertenecen a ésta todos los recursos de los que se valen los humanos para poder vivir con libertad, justicia y dignidad. De aquí podemos afirmar que la cultura no tiene por qué ser elitista y ha de ser evangelizada “hasta sus mismas raíces”.

Todos los recursos que emanan de la mente humana, ya sean aparentemente primitivos o sofisticados, pueden concurrir para hacer mejor y más digna la vida del hombre. Hay que añadir además que la cultura no tiene por qué eliminar la apertura a la trascendencia. En el ámbito cultural entra la

(42) Cf. O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *El poder y la conciencia*, Madrid 1984, 87-99.

(43) Cf. JUAN PABLO II; *Alocución a la UNESCO* de 2.VI.1980, n.º. 6.

dimensión espiritual, que tiene en la religión su mayor incentivo. Consecuentemente, el Papa subraya la necesidad de que la cultura se refiera a Dios, afirmando que “no se puede poseer una verdadera cultura humana sin referencia a Dios”⁴⁴.

La tradición cultural de la peregrinación a Santiago de Compostela, en cuanto símbolo histórico y religioso, sigue siendo en los inicios del tercer milenio un instrumento adecuado y útil, susceptible de expresar el sentido profundo de la existencia humana y, por ende, de la vida de fe cristiana conforme a la enseñanza del Concilio Vaticano II: “Las Iglesias reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de los pueblos, todo lo que puede servir para confesar la gloria del Creador, para explicar la gracia del Salvador y para ordenar debidamente la vida cristiana”⁴⁵.

II. SENTIDO CRISTIANO DE LA PEREGRINACIÓN. SANTIAGO DE COMPOSTELA: “LUGAR DE PER- DONANZA Y DE GRACIA, FOCO LUMINOSO DE VIDA CRISTIANA”

16.- La peregrinación jacobea, arraigada en el pasado y orientada hacia el futuro

Los lugares de peregrinación no son fines en sí mismos, sino que muchas veces actúan como umbrales que dan acceso a nuevas etapas de la vida. La peregrinación se emprende no para instalarse en una experiencia privilegiada, sino para dejarse cambiar de manera imprevisible y así retornar a la vida ordinaria con unas actitudes completamente nuevas. Los peregrinos, pese a su diversidad de cul-

(44) Citado por el Cardenal P. POUPARD, *Chiesa e cultura*, Milán 1985, 225.

(45) CONCILIO VATICANO II, *Decreto “Ad gentes”*, n° 22.

turas, ambientes, edades y situaciones personales, todos coinciden en el propósito de buscar algo que está más allá de lo ordinario.

La peregrinación, y en especial la jacobea, es contemplada como una rica tradición, con la que muchos quieren conectar, lo que conlleva un elemento de continuidad muy acentuado, factor diferenciador de esta peregrinación. Hay también un elemento de discontinuidad, en cuanto que el pasado, representado por un ritual tradicional, ofrece una posibilidad de superación en una existencia postmoderna, en la que se corre el riesgo de diluir la propia identificación y de perder las relaciones interpersonales. En la peregrinación jacobea se intenta hacer pie en el pasado para orientarse hacia el futuro. El peregrino llega a la Casa del Señor Santiago para hacer memoria de la tradición apostólica que fundamenta nuestra fe.

Pese a su diferenciación con respecto a otras, esta peregrinación posee tres rasgos comunes con las demás: la separación con respecto a un ámbito espacial, social y psicológico; el paso a un espacio desconocido y a un conjunto de relaciones sociales en cuyo seno tiene lugar una teofanía que produce un profundo sentimiento de comunidad; y el retorno del peregrino a casa como un ser humano cambiado y renovado.

17.- Camino personal de meditación

El peregrinaje por el Camino de Santiago posee unas características propias que lo determinan como un símbolo de la genuina vida cristiana. Es un camino personal de meditación y de contemplación que han de apoyarse en el bordón de la Palabra de Dios, evitando los peligros de la experiencia gnóstica, presente en la nueva espiritualidad

del movimiento religioso New Age⁴⁶. A decir verdad, el misterio de la vivencia de la peregrinación no depende en primer lugar de la soledad o de la importancia histórica del lugar al que se peregrina, sino de la actitud personal de abrirse internamente al seguimiento y encuentro con el Señor. La fidelidad y el seguimiento de Cristo no pueden vivirse con un sentido cómodo, pensando como los hombres y no según Dios (Mt 16,23), sino aceptando la irrenunciable y santificadora cruz: “*El que quiera venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga*” (Lc 9,23).

18.- Camino teórico y práctico

La gracia jubilar nos ayuda a concienciarnos de nuestra condición de enviados por Cristo conforme a la vocación a la que hemos sido llamados. Al igual que los primeros discípulos, debemos recorrer el camino de nuestra misión con exigente disponibilidad y con plena confianza en el Padre celestial, siempre abiertos a los hermanos que vienen a nuestro encuentro. En la *caridad* “que es la esencia y la medida de la perfección cristiana”⁴⁷, la criatura humana acoge el amor divino y lo atestigua en la vida mediante la silenciosa irradiación del amor: “*Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad. En esto sabremos que somos de la verdad...*” (1Jn 3,18s). La aspiración a la salvación sólo puede encontrar satisfacción en un conocimiento de la existencia que implique experiencia del tiempo vivido y encuentro con los otros, con nosotros mismos y con Dios. Lo que equivale a decir que la salvación no puede acontecer en un vacío de la historia, de alteridad y de futuro. Consecuentemente, el seguimiento de Jesús es un seguimiento práctico y no meramente teórico.

(46) Cf. G. FILORAMO, *Il risveglio della gnosi ovvero diventare dio*, Bari 1990.

(47) SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmos*, 9, 7: PL 36, 120.

Un seguimiento que se quede absorto en la contemplación estética del camino o en el debate teórico y no se concrete en compromisos prácticos de la vida de cada día, dista todavía mucho del seguimiento querido por Jesús y sostenido por la Iglesia.

19.- Camino espiritual y social, comunitario y no sólo individual

El camino de seguimiento de Jesús, simbolizado por la peregrinación a la tumba del Santo Apóstol, tiene también una dimensión social. Su dinamismo no es político, puesto que no contempla la transformación del sistema político o económico como su objetivo primordial; pero tampoco es apolítico, ya que no se limita a aceptar pasivamente las estructuras sociales y los convencionalismos de nuestra época.

Este peregrinar hacia el encuentro con Cristo es, además, comunitario y no meramente individual. El seguimiento no tiene que ver únicamente con lo que cada individuo hace individualmente con Dios. Ser seguidor de Jesús significa pertenecer a la familia de quienes tienen como prioridad intentar cumplir la voluntad de Dios, al grupo de quienes celebran el reino de Dios compartiendo su mesa. Simultáneamente, la comunidad de discípulos no debe considerarse a sí misma un grupo exclusivo. Al contrario, según la propia caracterización de Jesús, ha de ser un grupo abierto a los pobres y a los pecadores. El “nosotros” eclesial que define el seguimiento de Jesús no se traza para excluir a “ellos”. Es un “nosotros” inclusivo, abierto a los extraños, dispuesto a identificarse con los marginados y a reconocer en el seguimiento una comunidad que va más allá de otros signos de identidad más visibles y formales.

20.- La "necesidad" de la Iglesia para la salvación

"*Caminamos en la fe pero todavía no en la visión*" (2Cor 5,7). La Iglesia, continuadora, bajo la guía del Espíritu Paráclito, de la obra del mismo Cristo, "que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido"⁴⁸, hace pública la Buena Noticia de la reconciliación del mundo con Dios en Cristo, a través de la Palabra y de una vida de testimonio que, sostenida por el culto a Cristo, se hace ella misma culto para que también la ofrenda de los paganos (gentiles) sea agradable a Dios (cf. Rom 15,16). De esta forma, la comunidad eclesial, como salvación de Dios en la historia, aparece como necesaria⁴⁹, puesto que permite identificar en la historia el principio de la transformación salvadora de la humanidad que es Jesucristo.

Es la "vía ordinaria" de salvación, lo que supone que existen vías extraordinarias, como las referidas a la acción del Espíritu, el cual distribuye las "semillas del Verbo"⁵⁰ presentes en los ritos y en las culturas, y las prepara para madu-

(48) CONCILIO VATICANO II, *Constitución "Gaudium et Spes"*, n° 3.

(49) CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, Ciudad del Vaticano 2000, n° 20: "Ante todo debe ser firmemente creído que la Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación, pues Cristo es el único Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo que es la Iglesia, y Él, inculcando con palabras concretas la necesidad del bautismo (cf. Mt 16,16; Jn 3,5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta. Esta doctrina no se contrapone a la voluntad salvífica universal de Dios (cf. 1Tim 2,4); por lo tanto, es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación."

(50) Cf. SAN JUSTINO, *Apología II*, 7(8), ed. D. Ruiz Bueno, BAC 116, Madrid 1996, 269.

rar en Cristo. Existe así la posibilidad de salvarse fuera de la visibilidad eclesial, pero se afirma la necesidad de la Iglesia para que la humanidad en su totalidad tenga plena conciencia y la esperanza de la salvación. Sin la comunidad eclesial, pues, no habría en la historia la certificación de que Dios quiere conducir a todos a la comunión con Él y con todo el género humano⁵¹. Toda la historia es historia de salvación; pero la plenitud de la vida está en la manifestación y entrega del Padre que se realiza plena y definitivamente en Cristo para los que la acogen (cf. Jn 1,1-18). “Él es mediador de la gracia divina en el plan de la creación y de la redención, recapitulador de todas las cosas, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención”⁵². En este sentido, “la Iglesia (católica) no puede entenderse a sí misma como una de tantas manifestaciones y presencias históricas del único Dios-hombre Jesucristo, que Dios ofreciera al hombre para escoger a su arbitrio. No, la Iglesia se entiende y debe entenderse como la sola y plena presencia histórica del Dios-hombre uno en su verdad y gracia, en principio, para todos los hombres”⁵³.

21.- La urgencia de la conversión a través de la peregrinación

En el mensaje cristiano la llamada a ponerse en camino y seguir a Jesús es algo serio y urgente: “*Se ha cumplido el plazo, y está cerca el reino de Dios*” (Mc 1,15). Esta urgencia exige del peregrino no ensimismarse en sí mismo, no distraerse en sus propios intereses (cf. Lc 9,57-62) y no

(51) Cf. G. LOHFINK, *¿Necesita Dios la Iglesia?*, Madrid 1999.

(52) CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración...*, nº 11.

(53) K. RAHNER, “*Iglesia, iglesias y religiones*”: K. RAHNER-O. SEMMELROTH (ed.), *Academia teológica*, Salamanca 1967, 113.

dejarse llevar por el desaliento, sabiendo adonde va, teniendo total confianza y aceptando los riesgos del peregrinar (cf. Lc 10,4). Esta decisión y definición tienen algo de perturbador, son una sacudida que hace temblar los cimientos de la vida convencional. Se trata de un asunto vital, en cuanto que la orientación global de la vida humana se halla en juego. La vida, en algunos momentos aparentemente tan completa y tan llena de sentido, en otros puede revelarse superficial, vacía y sin sentido. Tomar conciencia de ello conduce indudablemente al *arrepentimiento*, que no hay que entender sólo en el sentido de sentirse pesaroso o cambiar la forma de ver las cosas, sino que implica también un giro, una modificación radical del curso y orientación de la propia vida, de las motivaciones y actitudes fundamentales con que uno ha vivido marginando a Dios en su vida⁵⁴. Por esta razón, la nueva actitud es la *conversión*, entendida en el sentido literal de *girarse* y encaminarse en una dirección distinta. Sin duda alguna, el culto a Santiago el Mayor y el rico legado de la peregrinación jacobea han sido verdaderas fuerzas dinamizadoras de una llamada a la conversión a través de los siglos.

22.- La Indulgencia Jubilar

El hombre de nuestros días, disperso en el vacío de la superficialidad, necesita concentrarse y, respondiendo a la llamada trascendente, orientar y dirigir sus pasos hacia la meta verdadera, “*hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús*” (Ep 3,14). Así, la conversión significa cambiar de camino, de modo de pensar y de actuar dentro de la misma vida; y eso es profundamente doloroso y exigente. El amor perfecto, como integración total de la vida en la unión con Dios, redime totalmente al hombre, no

(54) Cf. G. BARDY, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Madrid 1990.

sólo de sus pecados, sino también de sus consecuencias. Sin embargo, el hombre tiene la triste experiencia de que no es capaz de ese amor. La Indulgencia Plenaria, don del Jubileo, de la que podemos beneficiarnos una vez al día y que puede ser aplicada por las almas de los difuntos, es la gracia que Dios nos concede para que nuestra maduración en la conversión y en el amor se haga de manera cada vez más profunda, fácil y rápida.

Por la oración eficaz de la Iglesia, sacramento de Cristo, la indulgencia se concede de forma cierta y segura. Pero, como en los sacramentos, la gracia y la comunicación personal de Dios acontecen en el mundo y en el hombre si éste no les pone obstáculos. Es decir, el hombre debe proponerse el arrepentimiento. “Las indulgencias no tienen por objeto, ni pueden tenerlo, el aliviar o sustituir la penitencia personal del hombre. Las indulgencias, por su esencia, apuntan a alcanzar realmente con la ayuda de Dios y en modo rápido y eficaz, lo que pretende la penitencia: la total purificación y la plena maduración del hombre a partir del hecho central de su recepción de la gracia de Dios. Alcanza su actividad cuando está presente el auténtico espíritu de penitencia. Sin él no se puede hablar de arrepentimiento. Sin él no hay perdón de los pecados. Y sin el perdón de los pecados tampoco puede haber perdón de las penas temporales de los pecados”⁵⁵.

En este sentido, las indulgencias cobran un profundo significado religioso, al atestiguar nuestra situación de miembros de la Iglesia peregrinante que, a la vez que miramos hacia la patria que es Dios mismo, nos descubrimos pecadores e imperfectos pero dispuestos a andar por el

(55) K. RAHNER, “Abläss”: *Lexikon für Theologie und Kirche*, I, Freiburg 1957, 52-53; cf. Id., *Observaciones sobre la teología de las indulgencias: Escritos de Teología II*, Madrid 1961, pp 189-216.

camino recto en una integración total de las múltiples dimensiones de nuestra existencia, pidiendo la indulgencia jubilar en la que “se manifiesta la plenitud de la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos con su amor manifestado en primer lugar con el perdón de las culpas”⁵⁶.

23.- *Penitencia y Eucaristía, “vértice de la peregrinación”*

Además, con la participación en los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, que suponen, alimentan y expresan la fe y “cuya recepción se configura como vértice de la peregrinación”⁵⁷, el peregrino descubre “a Cristo como misterio de piedad en el que Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia plenamente consigo mismo”⁵⁸ y se contempla a sí mismo como el que existe por el don y por el perdón. “Esta comunión-*koinonía*, de tipo ‘vertical’ porque se une al misterio divino, engendra, al mismo tiempo, una comunión-*koinonía* que podríamos llamar ‘horizontal’, o sea, eclesial, fraterna, capaz de unir con un vínculo de amor a todos los que participan en la misma mesa”⁵⁹. De esta forma, en la celebración de la Penitencia y Eucaristía junto a la tumba del Santo Apóstol, la Iglesia es figura expresiva del amor y del perdón de Dios, crea comunidad entre los hombres al integrarlos en la comunión a su destino. La Eucaristía es por ello anticipo de la unidad escatológica y pre-gustación de la vida eterna.

(56) JUAN PABLO II, *Bula “Incarnationis mysterium”*, nº 9.

(57) JULIAN BARRIO BARRIO, *“Peregrinar en Espíritu y en Verdad”...*, nº 35. Cf. Conferencia Episcopal Española, *La Eucaristía, alimento del pueblo peregrino*, Madrid 1999.

(58) JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Novo millennio ineunte”*, nº 37.

(59) JUAN PABLO II, *Alabanza a la Trinidad. El hombre y su encuentro con Dios. Catequesis del gran Jubileo*, Madrid 2002, 125.

III. LA PEREGRINACIÓN A SANTIAGO, IMPULSO DE NUEVA EVANGELIZACIÓN

24.- Universalidad de la salvación

La salvación no es algo que acontece solamente al final de la vida, como el paso previo a una situación nueva y definitiva, ni un episodio de la vida, ni una cualidad añadida a la vida normal. La salvación no toca a una parte o a un aspecto de la vida: toda la vida está llamada a ser salvada; nuestra vida histórica, en sus condiciones actuales, aquí y ahora. Es visión nueva (a partir de la fe), es relación nueva (con el Padre, con los hermanos, con uno mismo, con la naturaleza), es perspectiva nueva (para el presente y el futuro hasta después de la muerte). No consiste, pues, en la aceptación de un sistema de verdades o valores, ni en conjunto de ritos; es más bien, una relación personal, vivida tan profundamente que se actualiza en la celebración, se concreta en comportamientos y se expresa en conceptos.

Ser cristiano significa (y es el camino para) ser plenamente humano. El Evangelio nos enseña a vivir, nos indica las condiciones y nos ofrece su contenido. Es la propuesta de una vida más plena (cf. Jn 10,10), que una vez aceptada, conlleva una nueva manera de existencia. Sin embargo, sin el anuncio del Evangelio, al hombre no le es posible vivir humanamente su relación con Dios Padre. La salvación traída por Jesús entra en la vida cuando éste es descubierto por el sujeto individual. Al mismo tiempo, la tarea de comunicación de la salvación o evangelización responde al mandamiento y al deseo de Jesús (cf. 2Cor 5,14) así como al anhelo de la humanidad (cf. Rom 8,19). De esta forma, la evangelización ha de dar lugar al fenómeno de la inculturación, entendida como presencia y fruto de la fe en el seno de un cultura determinada: "La síntesis entre fe y cultura no

es solamente una exigencia de la cultura sino de la fe. Una fe que no se traduce en cultura es una fe que no ha sido plenamente acogida, totalmente pensada y fielmente vivida”⁶⁰.

25.- *Pluralidad de caminos hacia Dios*

Los caminos por donde la humanidad, y en ella el hombre particular, peregrinan hacia Dios son largos y múltiples. Todo camino por donde anda el hombre con fidelidad real a su conciencia es camino que llega a la infinitud de Dios. Lo que equivale a decir que la fe no se identifica con ningún proyecto cultural por perfecto que sea. Mientras la cultura es obra de la humanidad, aunque esté abierta a lo divino, la fe sólo se identifica con la misión evangelizadora de la Iglesia y, en definitiva, con la persona de Jesucristo. Hay que añadir, sin embargo, que la fe no se ofrece químicamente pura a una cultura determinada. La fe se ofrece ella misma “encarnada” o inculturada. Debe prevalecer, pues, el principio de encarnación, según el cual no deben eliminarse ni eclipsarse la tradición o genio cultural de un pueblo, a menos que conste con evidencia que se trata de algo aberrante y perjudicial para las personas⁶¹.

26.- *La peregrinación jacobea como vehículo de evangelización*

En este contexto surge necesariamente la pregunta por la legitimidad de la cultura tradicional de la peregrinación jacobea como vehículo de evangelización en Europa, donde está en crisis la transmisión de la fe, es difícil anunciar el Evangelio y urge renovar la iniciación cristiana para inser-

(60) JUAN PABLO II, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, 94.

(61) Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, nº 41-44; JUAN PABLO II, *Carta Encíclica “Fides et Ratio”*, Ciudad del Vaticano 1998.

tar al hombre en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, y en la Iglesia por medio de la fe y de los sacramentos⁶². La respuesta nos la da el Concilio Vaticano II en la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*, por lo que a la liturgia se refiere⁶³, y en la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*⁶⁴, donde se evocan dos principios básicos: el principio de la *encarnación*, según la cual la Iglesia puede entrar en comunión con las diversas culturas, y el de la *trascendencia*, según el cual la Iglesia no está ligada de manera indisoluble a ninguna raza o nación, a ninguna costumbre antigua o reciente. En la milenaria historia de la peregrinación jacobea están presentes estos dos criterios básicos que la legitiman como fe “encarnada” o inculturada, con la capacidad para seguir siendo fuerza que impulse una nueva evangelización en la comunidad eclesial.

IV. PEREGRINAR EN LA IGLESIA “PEREGRINA Y MISIONERA, PENITENTE Y CAMINANTE, ORANTE Y EVANGELIZADORA”

27.- La Iglesia dentro del mundo

El peregrino mira con el corazón hacia el misterio de la Trinidad y en él a la Iglesia. “Procedente [ésta] del amor del

(62) Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid 1998.

(63) “La iglesia no desea imponer una rígida uniformidad, ni siquiera en la liturgia, en aquello que no afecta a la fe o al bien de toda la comunidad. Al contrario, respeta y promueve las dotes y cualidades peculiares de las distintas razas y pueblos. Examina con benevolencia y, si puede, conserva íntegro lo que en las costumbres de los pueblos no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, e incluso, a veces lo admite en la misma liturgia, siempre que armonice con el verdadero y auténtico espíritu litúrgico” CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Sacrosantum Concilium”*, nº 37.

(64) Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, nº 58.

Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, congregada en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene un fin salvífico y escatológico que sólo podrá alcanzar plenamente en el siglo futuro. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, miembros de la ciudad terrestre que han sido llamados a formar ya, en la historia de la humanidad, la familia de los hijos de Dios, que ha de aumentar sin cesar hasta la venida del Señor⁶⁵. El Concilio Vaticano II presenta aquí a la Iglesia no como una institución que vive fuera del mundo, sino que más bien peregrina en él y con él crece, como órgano de Cristo para el servicio apostólico y, “guiada por el Espíritu Santo [...], sin cesar exhorta a sus hijos a la purificación y renovación para que brille con mayor claridad el signo de Cristo sobre la faz de la Iglesia”⁶⁶. De esta forma, la Iglesia se sitúa conscientemente en un proceso de continuo *aggiornamento* en sus formas de manifestarse y actuar. Así, esta “mundanidad” o “historicidad” de la Iglesia exige de ella “auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diferentes lenguajes de nuestro tiempo y juzgarlos a la luz de la palabra divina para que la Verdad revelada pueda ser percibida más completamente, comprendida mejor y expresada más adecuadamente”⁶⁷ y “escrutar a fondo los signos de los tiempos”⁶⁸, es decir, le exige vivir en el mundo.

28.- *El talante crítico de la Iglesia*

La historicidad de la Iglesia, su carácter de peregrina, evita el riesgo del inmovilismo histórico: “En virtud de su misión

(65) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, n.º 40.

(66) *Ibid.*, n.º 43. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Lumen Gentium”*, n.º 15.

(67) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, n.º 44.

(68) *Ibid.*, n.º 4.

y naturaleza, no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico o social”⁶⁹. Por otra parte, si la Iglesia está tan desligada de las eventuales “formas de cultura humana”, es porque deben expresarse en ella, tal como lo exigen el Evangelio y la salvación de los hombres. “Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe seguir siendo la ley de toda evangelización”⁷⁰ que, por otra parte, nos exige un atento y cuidadoso discernimiento del trigo y de la cizaña, del grano y de la paja, del bien y del mal, en medio de las ambivalencias y ambigüedades de lo humano. La Iglesia, consciente de que no predica para agradar o halagar a los hombres (cf. 1Tes 2,4; Gal 1,10), debe manifestarse en el mundo en que vive, no para “acomodar” el Evangelio, sino para predicarlo más eficazmente o simplemente para hacerlo inteligible y asimilable. Sólo merced a esa inserción constantemente renovada en el tiempo y en la cultura, la Iglesia, “a la vez grupo visible y comunidad espiritual, avanza junto con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana, que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios”⁷¹.

29.-La Iglesia dialogante

En la peregrinación jacobea, hecha por un camino de fraternidad ecuménica, la Iglesia ha mantenido desde los comienzos una actitud dialogante, y sigue haciéndolo, en cuanto que al entrar en contacto con el mundo en que vive, comprende más plena y profundamente la verdad misma de la fe. Por tanto, ese contacto constante, ese diálogo

(69) *Ibid.*, n.º 42

(70) *Ibid.*, n.º 44

(71) *Ibid.*, n.º 40

con el mundo es para la Iglesia no sólo posibilidad, sino también deber, como comienzo y camino hacia la “plena unidad” de los cristianos, “que es esperada y deseada hoy también por muchos que no creen en Cristo” y que la consideran como “presagio de unidad y paz para el mundo entero”⁷². Trabajar por la unidad es garantizar la pluralidad, la libertad y el progreso.

El deseo de ese diálogo no excluye a nadie por parte de la Iglesia, que no sólo habla, sino que también escucha y aprende del mundo en que vive. Reconoce en todo lo auténticamente humano la voz de su Señor, que no es sólo “la cabeza de su cuerpo, sino también creador y señor del mundo”⁷³ que procede del amor del Creador y que, habiendo caído bajo el dominio del pecado, fue redimido por Cristo. En el mundo la Iglesia aporta a la familia humana que peregrina en la tierra, el bien de la salvación, “que manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre”⁷⁴. Huelga decir que esta “misión es un proceso complejo, porque debe integrar una diversidad de elementos: el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado; la liberación del hombre de todo aquello que amenaza su integridad; la eliminación de todos los obstáculos a la reconciliación; el diálogo con los miembros de otras religiones; la defensa de la creación, sometida a la explotación del egoísmo humano; la incorporación a la comunidad y a la celebración de la fe”⁷⁵. Ante esta complejidad de la tarea misionera es oportuno recordar las palabras de Juan Pablo

(72) *Ibid.*, n.º 92

(73) Cf. E. SCHILLEBEECKX, “*Kirche und Welt*”, en J.B. METZ (Ed.), *Weltverständnis im Glauben*, Mainz 1965, 134.

(74) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, n.º 46.

(75) COMISION EPISCOPAL DE MISIONES, *La misión Ad Gentes y la Iglesia en España*, Madrid 2001, 15

II: “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo... El Cristo contemplado y amado ahora nos invita una vez más a ponernos en camino: ‘Id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo’ (Mt 28,19). El mandato misionero nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos”⁷⁶.

30.- El culto y la liturgia, fuerza para el diálogo eclesial

La acción dialogante, misionera y pastoral de la Iglesia encuentra su fuerza en la acción cultural o litúrgica con su doble dimensión. Es la acción que comenzó en la Encarnación, por la que Cristo santifica a la humanidad, haciéndose sobre todo visible, “al estar presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza”, y también en su palabra, “pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura”⁷⁷. A este movimiento de arriba abajo corresponde el otro de abajo arriba, que se realiza en la glorificación del Padre en la acción litúrgica de la Iglesia, especialmente “cuando Cristo está presente en el sacrificio de la misa” y “cuando la Iglesia ora y canta”⁷⁸. El apostolado misional vive, pues, de la liturgia, de aquí saca su vigor, sobre todo de la celebración eucarística, signo de gratitud y acción de gracias. Con esta actitud orante es como la Iglesia en su acción misionera quiere congregar a todos los hombres. De esta forma, en la acción litúrgica y orante la Iglesia aparece como peregrina, por cuanto que en ella la salud definitiva

(76) JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Novo millennio ineunte”*, n° 58.

(77) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Sacrosantum Concilium”*, n° 7

(78) *Ibid.*

está oculta como la fuerza de su peregrinación hacia la posesión acabada y sin velos. Somos herederos de la salvación (cf. Heb 1,14) y estamos plenamente justificados por la fe (Rom 5,1), sin embargo todavía no estamos salvados más que en esperanza (Rom 8,24). Esto le lleva a decir a san Pablo: *“Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros”* (Rom 8,18).

II

PEREGRINACIÓN COMO VIVENCIA DEL ENCUENTRO CON EL SEÑOR

II. LA PEREGRINACIÓN COMO VIVENCIA DEL ENCUENRO CON EL SEÑOR

I. CONDESCENDENCIA Y GRACIA DE DIOS

31.- Los encuentros del hombre con Dios

Como al apóstol Felipe en otro tiempo se le acercaron los griegos diciéndole que querían ver a Jesús (cf. Jn 12,20-26), hoy tantos y tantos peregrinos a través del Apóstol Santiago quieren vivir también ese encuentro con el Señor, haciendo memoria de la tradición apostólica y confesando al Dios Trinitario para convertirse en hombres nuevos. El presente del hombre que parece sin luz y sin salida, es iluminado por la fe en Dios y abierto a la esperanza.

Se pueden señalar dos formas de encontrarse el hombre con Dios. Una desde el conocimiento o la experiencia humana, y otra desde la fe. El hombre se encuentra con Dios a través de la realidad, y esto da lugar a que haya tantos encuentros con Dios como con la realidad, tantas posibilidades de preguntarse por Dios como de enfrentarse con la realidad o vivir la realidad. De aquí nace la diversa tipología de encuentros con Dios a través de la historia y de la

sensibilidad humana: la medieval a partir del mundo, la moderna a partir del hombre y la actual a partir de la historia, que no son tres formas que se contraponen o se excluyen, sino que en muchos aspectos se complementan.

32.- El encuentro con Dios a través de la historia

El encuentro o experiencia actual de Dios parte de la base de que el mundo se vivencia como historia, no como orden preestablecido, sino en proceso, que se hace por el trabajo de los hombres. De esta forma, la dimensión histórica constituye una dimensión esencial del hombre, puesto que descubrimos nuestra realidad dentro de una relación intersubjetiva. De aquí que la cuestión sobre la posibilidad de vivir la experiencia de Dios se convierte en la cuestión de cómo experimentar a Dios como sentido de la historia.

Ciertamente, resulta una temeridad afirmar que la historia tiene sentido. Dado que no tiene leyes fijas, depende del hombre, su progreso no es rectilíneo y con frecuencia la maldad humana lleva a situaciones absurdas. Sin embargo, pese a todas las decepciones y fracasos, existe una confianza fundamental que nos impide desahuciarlos a nosotros, a los demás y al mundo. Es decir, contra todo fracaso el sentido de la historia sigue manteniéndose vivo. Es más, este sentido no es sólo la meta de nuestro actuar histórico, sino también su razón y presupuesto. Es algo que se nos impone y, por tanto, no puede explicarse sólo desde el hombre y constituye una clave para el encuentro con Dios. El sentido, al ser algo que se nos da, no es natural, sino inesperado y sorprendente. Nos sale al encuentro como lo hacen las personas.

De esta forma, la historia nos descubre lo completamente nuevo, originario y totalmente otro, que llamamos

Dios, hecho acontecimiento en la historia. Dios aparece así como la paz que hace posible nuestra paz, como la libertad que hace posible nuestra libertad, *Dios creador y Dios esperanza*, alfa y omega, cercano y próximo, que nos sale constantemente al encuentro, especialmente en el prójimo, en los acontecimientos y tareas; que es sentido y señor de la historia, pero que no es sólo poder supremo por encima de la historia, sino también sufrimiento con los oprimidos: un Dios sufriente, crucificado⁷⁹.

33.- *La fe como expresión de la más alta dignidad humana*

Sin embargo, el acto por el que se expresa la más alta dignidad de la vida humana concreta y su disponibilidad sin condiciones para el encuentro con el Dios vivo, que ha entrado en la historia, es el acto de fe de Abrahán. “Con este acto, en apariencia absurdo, Abrahán funda una nueva experiencia religiosa: *la fe*”⁸⁰. Gracias al acto de fe en el Dios que parece negar sus promesas, el tiempo queda abierto a la omnipotencia divina, y a la decisión humana de fiarse de Él. Incluso cuando parece quedarse silencioso y escondido, adquiere el sabor de una infinita dignidad, capaz de dar valor a todo el tiempo histórico.

Esta valoración de la historia como lugar en que se revela y se esconde la gloria del Dios vivo alcanza su cima en la revelación cristiana: con la Encarnación el Hijo se hace sujeto de una vida plenamente humana, sin dejar de ser Dios. El hecho de que Dios se haya hecho sujeto personal de una historia verdaderamente humana hace descubrir el concepto de “persona” y ayuda a comprender al hombre

(79) Cf. A. VERGOTE, *Amarás al Señor tu Dios*. *La identidad cristiana*, Madrid 1997.

(80) M. ELIADE, *El mito del eterno retorno*, Madrid 1972, 103.

mismo como sujeto histórico personal. La buena nueva característica del cristianismo es la salvación *de* la historia, no la salvación *fuera de* la historia; el humilde “hoy” del hombre queda asumido y redimido por el “hoy” del Hijo del hombre y puede convertirse, en la acogida que se le haga, en el “hoy” de Dios. El hombre es, pues, capaz de recibir el amor en la gratitud, de dejarse alcanzar y modificar por el otro, de ser habitado por el don, sin que pierda por ello su propia identidad, conforme a las palabras de San Agustín: “Cristo toma forma por la fe en el hombre interior del creyente, el cual es llamado a la libertad de la gracia, es manso y humilde corazón y no se jacta del mérito de sus obras, que es nulo, sino que reconoce que la gracia es el principio de sus pobres méritos; a éste puede Cristo llamar su humilde hermano, lo que equivale a identificarlo consigo mismo ya que dice: cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis. Cristo toma forma en aquel que recibe la forma de Cristo y recibe la forma de Cristo el que vive unido a El con un amor espiritual. El resultado de este amor es la imitación perfecta de Cristo en la medida en que esto es posible. Quien dice que permanece en Cristo debe vivir como vivió El”⁸¹.

II. A LA BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA

34.- El sentido de la vida como don y tarea

El hombre se interroga, pues, por el sentido del mundo de las cosas y de la historia de los hombres y cuando no lo encuentra, se siente insatisfecho e impulsado a descubrirlo o a crearlo. Sin embargo, la fe cristiana acepta que la vida tiene un sentido, porque es un don y una tarea confiada por alguien, ante quien podemos vivir y morir. El hombre que

(81) SAN AGUSTÍN, *Expositio Epistolae ad Galatas*: PL 35, 2131-2132.

no admita un sentido inherente al vivir está incapacitado para comprender el cristianismo. Dada su condición de peregrino, el hombre a medida que se aproxima a su meta, aviva su espíritu de búsqueda. Esta inquietud no le permite saborear plenamente la posesión de la meta lograda mientras sigue peregrinando. Por ello, “busquemos como quienes han de encontrar y encontremos como quienes han de seguir buscando, porque cuando el hombre acaba, entonces en verdad comienza”⁸².

Es decir, desde cada situación en el peregrinar de su vida, el hombre tiende a una ulterior situación, a un futuro más denso y a una totalidad más plenificante. No se para en cada objetivo logrado, sino que marcha hacia un último término, conforme a la radical inquietud (*cor inquietum*), formulada por San Agustín y punto de partida de las formulaciones utópicas contemporáneas.

El sentido de nuestra vida no es una cuestión puramente filosófica sino un problema de responsabilidad teológica que encuentra luz en la palabra de Dios. Esta nos ofrece dos consideraciones fundamentales para iluminar “nuestra razón de ser”: una es la reflexión sobre el destino personal frente al tiempo y la eternidad: “*No os engaños; de Dios nadie se burla. Lo que el hombre sembrare, eso cosechará*” (Gal,6,7-8); “*de qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero y perder su alma?*” (Mc 8,36). La otra es la necesidad de la caridad existencial entre y frente al prójimo: “*¡Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo...! No nos cansemos de hacer el bien a todos, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras hay tiempo, hagamos el bien a todos, pero especialmente a los hermanos en la fe*” (Gal 6,2.9-10). El tiempo y la vida tempo-

(82) SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, IX,1: PL 42, 961.

ral, en su fugacidad y fragilidad, adquieren valor auténtico de eternidad a través de la caridad evangélica.

35.- *La provisionalidad de lo terreno*

La inquietud del hombre peregrinante, en su caminar hacia la meta, no encuentra su satisfacción última en los proyectos terrenos políticos, ni en las soluciones particulares de la ciencia ni en todo aquello que lo fije en un punto determinado del tiempo y del espacio. El cristiano no es, por tanto, aquel que acepta más verdades, que alimenta más esperanzas o que realiza más prácticas, sino más bien aquel que vive toda su vida referida al Misterio infinito y abierta a él en una actitud de reconocimiento y acatamiento, de alabanza y entrega por la fe: "Y para llegar directamente a este resultado, a través del recto camino de las Escrituras, hay que empezar por el principio, es decir, debemos acercarnos, sin otro bagaje que la fe, al Padre de los astros, doblando las rodillas de nuestro corazón para que Él por su Hijo en el Espíritu Santo, nos dé el verdadero conocimiento de Jesucristo y con el conocimiento el amor para que así conociéndolo y amándolo, fundamentados en la fe y arraigados en la caridad, podamos conocer lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo de la Sagrada Escritura y por este conocimiento, llegar al conocimiento pleno y al amor extático de la Santísima Trinidad; a ello tienden los anhelos de los santos, en ello consisten la plenitud y la perfección de todo lo bueno y verdadero"⁸³.

36.- *El compromiso del cristiano*

Ello no significa que el cristiano, para ser tal, tenga que estar al margen del acontecer histórico, sino más bien que tiene que adoptar una actitud cercana y a la vez distancia-

(83) SAN BUENAVENTURA, *Breviloquium: Opera omnia*, 5, 201-202.

da, acogedora y al mismo tiempo crítica respecto de las situaciones históricas, de las comprensiones de lo humano y de los proyectos social-políticos. El cristiano es el que percibe más humanamente la realidad, porque es el único que tasa la humanidad al precio de Dios.

Frente a las utopías intrahistóricas, la fe cristiana sostiene que el *Reino de Dios*, la salvación, en su figura última, trasciende la historia y que el proceso histórico alcanzará su plenitud al final de los tiempos, cuando, abolidas las caducidades que le son inherentes, la vida triunfe sobre la muerte y “*Dios sea todo en todas las cosas*” (1Cor 15,28). Sin embargo, esta esperanza escatológica no reniega de la historia, sino que la afirma y la convalida. En este sentido, Juan Pablo II⁸⁴ habla de *cooperar a la llegada del Reino de Dios en el mundo, a través del compromiso en las realidades temporales por la libertad y la justicia, por evitar la catástrofe ecológica y por un futuro digno del hombre*. “El hombre –dice el Papa– no es un testigo inerte del ingreso de Dios en la historia. Jesús nos invita a ‘buscar’ activamente ‘el reino de Dios y su justicia’ y a considerar esta búsqueda como nuestra preocupación principal (cf. Mt 6,33)”. Sigue, pues, el Papa la línea del Concilio Vaticano II, el cual advierte que la esperanza cristiana no sólo “no disminuye la importancia de las tareas terrenas, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su cumplimiento”⁸⁵.

III. PEREGRINACIÓN Y CONVERSIÓN

37.- El cristiano entre la búsqueda y el encuentro

“*Dichosos lo que encuentran en Ti su fuerza y peregrinan hacia Ti de buena gana*” (Sal 83,6). El rito de la

(84) Cf. JUAN PABLO II, *Alabanza a la Trinidad...*, (cit. En nota 57), 138-154 p.

(85) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, nº 21.

peregrinación, como metáfora viva, es uno de los más adecuados para expresar la proyección cristiana. El cristianismo es un encuentro con Cristo. Éste no es sólo reflejo de lo humano universal que cada uno de nosotros lleva dentro, sino una realidad indeducible e irreductible a lo ya conocido. Pero tampoco es el “totalmente otro”, sino que existe en nuestro mundo y es hombre como nosotros.

El encuentro con Cristo se sitúa en el justo medio de ambas formas. Dado que Jesús es hombre y existe en una humanidad no deducible desde abajo, una vez existente, podemos reconocerle como una extensión, acrecentamiento y perfección de nuestro ser más íntimo, en lo que tiene de apertura al absoluto. Como en la peregrinación, la meta del camino nos viene notificada por el evangelio a través de los hechos e interpretación del sentido de esos hechos queridos por Dios para el hombre. Éste da su respuesta poniéndose en camino hacia esa meta mediante una forma de vida determinada por la conversión como ruptura con la vida anterior y como fe en adhesión a la realidad propuesta. En la peregrinación jacobea se subrayan desde el comienzo de la misma las consecuencias de la conversión lograda con la intercesión del Apóstol. Así lo refleja el *Liber Sancti Iacobi*: “Pues han ido allá muchos pobres que después han sido felices; muchos débiles, después sanos; muchos enemistados, luego en paz; muchos crueles, después piadosos; muchos lujuriosos, después castos; muchos seglares, más tarde monjes; muchos avaros, luego espléndidos; muchos usureros, después dadivosos; muchos soberbios, después humildes; muchos mentirosos luego sinceros; muchos despojadores de lo ajeno, que luego dieron hasta sus vestidos a los pobres; muchos perjuros, después leales; muchos que formaron juicios falsos, que luego proclamaron la verdad; muchas estériles, las cuales después fueron madres; muchos per-

versos, después justos, por la gracia de Dios⁸⁶. Por otra parte, muchos peregrinos formalizaban sus testamentos, tratando de dejar resueltos sus asuntos personales antes de emprender el aventurado y penitencial viaje hasta el sepulcro del apóstol Santiago que custodia la Basílica Compostelana, fiel relicario del amigo del Señor⁸⁷.

38.- *El sentido cristiano de la historia*

La penosa peregrinación hacia el futuro, que desde los orígenes caracteriza a la historia del hombre sobre la tierra, no está colgada del vacío, sino que está recogida *en* Dios, puesto que Jesús, más que modelo de vida, es fuente de vida nueva, novedad transformadora, el Hijo, Dios con nosotros. Es así como en el cristianismo se puede hablar de *sentido de la historia*. Por una parte, no se trata de un desarrollo separado y extraño de la historia humana en la tierra respecto a un lejano espectador celestial. Por otra, no se trata tampoco del proceso titánico de un hombre que se vaya construyendo como Dios, en una historia del tiempo confundida con la historia eterna.

(86) *Liber Sancti Iacobi "Codex Calixtinus"*. Traducción por los Profesores A. Moralejo-C. Torres-J. Feo. Reedición preparada por X. Carro Otero, Pontevedra 1992, 202.

(87) "Debidamente se encamina al Santuario de Santiago aquel que antes de emprender, perdona a los que le han hecho injuria, quien todos los remordimientos que le dirigen los demás o la propia conciencia, si le es posible hacerlo, los aplaca; [...] el que devuelve lo injustamente adquirido, si puede; el que convierte las disensiones en tranquilidad dentro de su jurisdicción; [...] el que una vez emprendido el camino, da lo necesario para el cuerpo y para el alma a los peregrinos necesitados [...]; el que no habla palabras ociosas, sino que cuenta anécdotas de los santos, huye de la embriaguez, de las pendencias y de la lujuria; la misa, si no todos los días, por lo menos los domingos y días festivos la oye, ora sin interrupción y todas las adversidades las aguanta con paciencia; el que al regresar a su domicilio se aparta de lo ilícito y en las buenas obras persevera hasta el fin, para poder cantar con el Salmista: Yo cantaba tus justificaciones, Señor, en el lugar de mi peregrinación" *Ibid.*, 210-211.

El sentido cristiano de la historia consiste, en primer lugar, en el reconocimiento de la divinidad de Dios y de la mundanidad del mundo, en el respeto a la soberana trascendencia del uno y de la profunda dignidad del otro y, sobre todo, en la buena noticia pascual de la participación en la vida misma de Dios, que ha venido a plantar su tienda *en* el mundo y a hacer suya la historia de los hombres para manifestar con ella, con los hombres y para los hombres la gloria eterna de su amor. Sólo podemos realizar el sentido histórico completo viviendo con igual empeño la fe, la caridad y la esperanza correlativas al pasado, presente y futuro.

Bajo esta luz no se pierde nada de la historia de los hombres, puesto que todo puede ser vivido y transformado en unión con el Dios vivo; el peso de los días y la oscuridad del futuro se iluminan ante el compromiso del Dios con nosotros; la finitud y el dolor del presente reciben una explicación que toca al mismo amor trinitario de Dios y pueden ser soportados con amor gracias al Espíritu, que el Padre nos da en la comunión con su Cristo crucificado. En un mundo, en donde la exigencia más fuerte parece ser la búsqueda de sentido para la empresa personal y colectiva, la “patria trinitaria” cristiana se ofrece como la meta de nuestro caminar que da luz al camino, como la compañía de nuestro presente que da fuerza al peregrinar, como la memoria de nuestros orígenes que nos hace sentirnos arraigados y fundamentados en el amor (cf. Ef 3,17).

Al mismo tiempo, la meta de la “patria trinitaria”, hacia la que peregrina el hombre sobre la tierra, denuncia la miopía de toda posesión humana e invita a la pobreza acogedora y a la perenne novedad del corazón y de la vida, estimulándole a ser continuo peregrino “para el que el día no

comienza en donde acaba otro día y al que ninguna aurora encuentra en donde lo dejó el atardecer”⁸⁸.

IV. VIVENCIA DEL ENCUENTRO CON EL SEÑOR

39.- El Espíritu como puente entre la historia y el misterio trinitario

Jesucristo, anclado en la historia, trasciende el mundo y nos revela su propio misterio de Hijo y en él el misterio trinitario. A la luz trinitaria es posible superar la “zanja” del tiempo y establecer un encuentro con Jesús que desarrolló su vida en la oscuridad de una remota parte del Imperio Romano. Él es el “hombre-para-los-otros”⁸⁹: “*De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia*” (Jn 1,16). De este modo su Espíritu salva la distancia entre los tiempos y el tiempo de la gracia y actualiza de otra forma la relación del acontecimiento irreplicable de la salvación en cada situación humana, escribiendo con ello la historia de Dios en la historia de los hombres. En el Espíritu de Cristo se hace posible el encuentro con el Padre a todo hombre que lo desee, cualquiera que sea el tiempo y el lugar en que se encuentre. El Espíritu es la garantía de que Dios tendrá siempre tiempo para el hombre.

La decisión del hombre por el Cristo viviente tiene lugar en el acto de fe, por el que, gracias también a la acción del Espíritu, el hombre se hace contemporáneo del tiempo de Dios, teniendo como resultado la divinización del hombre y la humanización de Dios. Lo que equivale a decir que, sin el Espíritu, la fe no es más que un piadoso recuerdo y

(88) Son palabras de G. Khalil Gibran, citadas por B. FORTE, *Trinidad como historia*, Salamanca 1988, 211.

(89) Cf. D. BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*. Carta del 3 de agosto 1944, Barcelona 1969, 224ss.

por el Espíritu es la experiencia del Viviente, capaz de cambiar la vida del hombre en su concreto presente.

III

**PEREGRINOS EN LA PRESENCIA
DEL SEÑOR**

III. PEREGRINOS EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR

I. LA DISPONIBILIDAD QUE SALVA

40.- La felicidad como don y tarea

La fe nace de una llamada, de un encuentro, de una relación, mediada de alguna forma por la palabra: “*La fe proviene de la predicación*” (Rom 10,17). La fe acoge, en la persona de Jesucristo, la intervención del Dios viviente en la historia, comprometiendo al hombre en lo más profundo. No brota originariamente del corazón del hombre, de su reflexión, de su deseo desmesurado y megalómano, sino que procede de fuera de nosotros, de la palabra que anuncia y da testimonio de lo que Dios ha obrado en la historia de Jesús por amor a los hombres para salvarlos.

Hay que añadir, sin embargo, que la felicidad es la suprema necesidad, la suprema esperanza, el supremo deseo y la suprema imposibilidad para el hombre, tal como lo describió San Agustín: “Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas no lo ves todavía, mas por tu deseo te haces capaz de ser saciado cuando llegue el momento de

la visión. Supón que quieres llenar una bolsa y que conoces la abundancia de lo que van a darte; entonces tenderás la bolsa, el saco, el odre o lo que sea; sabes cuán grande es lo que has de meter dentro y ves que la bolsa es estrecha, y por eso ensanchas la boca de la bolsa para aumentar su capacidad. Así Dios, difiriendo su promesa, ensancha el deseo; con el deseo ensancha el alma, y ensanchándola, la hace capaz de sus dones. Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa con nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo. Ya hemos dicho en otra parte que un recipiente para ser llenado, tiene que estar vacío. Derrama, pues, de ti el mal, ya que has de ser llenado del bien”⁹⁰.

En esta reflexión del Obispo de Hipona queda claro que la felicidad es a la vez un don y una tarea, nunca una conquista absoluta del hombre o un regalo que Dios diera al hombre sin esperarlo ni anhelarlo. Al mismo tiempo, la confianza en el hombre y la fe en Dios sólo son posibles donde el deseo de la verdad, la bondad y la belleza, basados más en el consentimiento personal y existencial que en el asentimiento conceptual y nocional, impulsan al hombre a peregrinar y encaminarse hacia una meta. Lo que equivale a decir que, si bien la fe en el hombre y la fe en Dios han sido siempre un acto intelectual, su origen es ético y práctico. Ningún otro sentido tienen las palabras de Pascal: “Trabaja, pues, para convenceros no por el aumento de las pruebas de Dios, sino por la disminución de las pasiones”⁹¹.

El mensaje cristiano está, pues, lejos de participar en el sueño prometeico de una consumación inmanente del proceso histórico. El progreso humano no se identifica con el Reino, aunque pueda ejercer respecto a él una suerte de

(90) SAN AGUSTÍN, *In Epistolam Ioannis ad Parthos*, IV, 6: PL 35, 2008-2009.

(91) J. CHEVALIER (ed.), *Pascal. Pensamientos sobre la verdad...*, 243.

causalidad dispositiva⁹². Más aún, partiendo de la doctrina de la justificación, tal y como ha sido definida por el concilio de Trento⁹³, la fe cristiana sostiene la necesidad de que el hombre coopere *activamente* en la recepción de la gracia, hasta el punto de que dicha actividad es *condición imprescindible* para la justificación, teniendo en cuenta la bondad, paciencia y generosidad de Dios y no ignorando que es la bondad de Dios la que nos invita al arrepentimiento (cf. Rom 2,4). Consecuentemente, a partir de estas premisas, podemos añadir asimismo que la felicidad plena es don trascendente, es decir, *gracia*, y que, por tanto, no puede ser *causada* por un factor inmanente, aunque sí debe ser *acogida*.

II. EL HOMBRE BUSCADOR DE DIOS

41.- Una búsqueda abierta e insegura

Para ello, el hombre busca a Dios en una peregrinación, en la que se expresan las tensiones fundamentales hacia el sentido más profundo de la vida en relación con el misterio de Dios, marcadas por dos características particulares. Por una parte, se trata de una búsqueda abierta e insegura. El hombre actual, indagando en su propia vida, sobre su propio destino y sobre su camino, reflexionando sobre la familia, el trabajo o la situación socio-económica mundial, se da cuenta de que su búsqueda es abierta y no definida. Incluso a veces tiene la sensación de no acertar con la dirección hacia donde encaminarse. Por otra parte, esta

(92) "Aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios" Concilio Vaticano II, *Constitución "Gaudium et Spes"*, n.º 39.

(93) DH 1525s; 1554.

búsqueda lleva inherente la conciencia de la separación. El hombre está moralmente separado de aquel a quien quiere encontrar. Enredado entre zarzas y sin encontrar el camino de vuelta a casa, su inquietud peregrinante se ve mediatizada por el afán de tenerlo todo, de vivir lo inmediato, de gozar la gratificación instantánea, sensacional y esotérica en el imperio de lo efímero, del continuo cambio e intercambio, de ceder a la tentación adolescente de probar nuevas experiencias fugaces mariposeando por todo sin detenerse en nada, de hacer un puro viaje sin adónde en un mundo carente de sentido, sin orden ni concierto.

Pese a todo, el Señor misericordioso no desprecia la inquieta búsqueda del hombre peregrino, ni siquiera la que queda sofocada por las preocupaciones del momento. Dios responde siempre al hombre y da en Cristo un significado preciso a su búsqueda, no sofocándola, sino purificándola, haciéndola crecer y conduciéndola a su madurez, ya que “[la misericordia de Dios] se anticipa para curarnos, pero continuará tras la curación para reanimarnos. Se anticipa para llamarnos, pero continuará para glorificarnos. Nos dispone a ser piadosos, consiguiendo que vivamos con él, porque sin él no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5)”⁹⁴. Esto motiva al peregrino en la fe a mantenerse perseverante, siguiendo el consejo del autor de la carta a los Hebreos cuando dice: “*Ya que estamos rodeados de tal nube de testigos, liberémonos de todo impedimento y del pecado que continuamente nos asedia y corramos con constancia en la carrera que se abre ante nosotros, fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador en la fe, el cual animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad pues en aquel que soportó en su persona tal con-*

(94) SAN AGUSTÍN, *De natura et gratia* XXXI, 35: PL 44, 403.

tradición de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento” (Heb 12,1-4).

III. DIOS BUSCADOR DEL HOMBRE

42.- La gracia y el amor de Dios

Dios quiere en todos los tiempos recuperar al hombre, independientemente de su historia, de su pasado, de su experiencia de alejamiento y de infidelidad. La búsqueda por parte de Dios es, pues, capaz de hacer crecer, de llevar a madurez, de conducir a buen término el peregrinar casi a tientas del hombre, como hijo pródigo o como oveja descarriada⁹⁵. Jesús, Hijo de Dios hecho Hombre, manifiesta que la búsqueda humana no queda simplemente abandonada a sí misma, sino que es impulsada a crecer y madurar, y es capaz de adueñarse interiormente de los deseos y de las necesidades del hombre y transfigurarlos y conducirlos hacia metas insospechadas. Bien es verdad que también es Aquel a quien se puede resistir como nos advierte el Evangelio: “*Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo. Te pido que no me atormentes*” (Lc 8,8).

De esta forma el cristianismo no es sólo propuesta de sentido, programa de vida moral o invitación a la responsabilidad histórica, sino perdón de los pecados, gracia y resurrección de la carne, y por eso “el cristiano no puede envanecerse de su condición cristiana, porque él sigue siendo humano, demasiado humano; vive de la gracia de Dios que viene a los hombres y llega a cada hombre que se

(95) El peregrino ha de tener como referente en los días y noches de su peregrinar las parábolas de la misericordia (Lc 15). Así San Agustín confesaba: “Oh casa luminosa..., yo deseo que suspire hacia ti mi caminar; y lo digo al que te hizo, para que también me posea en ti, porque también me hizo a mí. Erré como oveja perdida, pero en los hombros de mi pastor, tu constructor, espero ser reportada hasta ti” *Confessiones*, XII, 15,21: PL 32, 833.

abre a ella y aprende a reconocerla en al cruz de Cristo. El don de Cristo no es, por tanto, el cristianismo como otra forma de religión del hombre, sino la gracia y el amor de Dios, que culminan en la cruz”⁹⁶.

Cristo es, sí, modelo de vida o ejemplo moral, pero de manera diferente a otros moralistas. Es don de vida antes que exigencia de acción, otorga su santo Espíritu antes que su santa Ley, da el poder antes que impone su hacer. En virtud de la gracia, connaturaliza nuestros corazones con el bien para que lo amemos y solamente desde allí nos manda realizarlo.

IV. EL HOMBRE EN LA PRESENCIA DE DIOS

43.- Convergencia de las dos búsquedas dentro de la vida

Los caminos del hombre como medio para descubrir la propia identidad religiosa y decidirse a seguir a Cristo, están siempre ante la presencia de Dios. La convergencia de la búsqueda del hombre por parte de Dios y de la búsqueda de Dios por parte del hombre se realiza en la vida. Dios no se encuentra con el hombre al margen de la vida, sino en el centro mismo de la existencia, pues “o se encuentra a Dios en el centro de la existencia o no será posible encontrarlo, porque el Dios que está en la periferia de la vida a decir verdad no es el Dios cristiano, sino un sucedáneo”.

El elemento decisivo del encuentro consiste en saber enlazar todos los hechos de la vida –palabras, deseos, gestos, personas– con algo más grande y con un significado más profundo, que da valor y gusto a todo lo que el hom-

(96) D. BONHOEFFER, *Barcelona, Berlín, América 1928-1931*, en: *Werke*, München 1991, X, 321.

bre hace y desea. En este sentido, el amor de los esposos, la responsabilidad paterna y el esfuerzo de educar se ven bajo una luz nueva si se sitúan en una dimensión más amplia, sin medir los resultados a la luz del día que pasa. De igual modo, los jóvenes estudiantes o trabajadores, al preguntarse si es posible construir una juventud con una perspectiva profunda, intuyen que no pueden sopesar las decisiones basándose únicamente en los resultados de una jornada.

El encuentro con el Señor supone entrar en relación con Él, una relación que transforma el corazón y la vida. Por un lado, la intención de Dios busca en Jesús al hombre, quiere encontrarse con él donde quiera que se halle y se hace compañero de viaje y comensal. Por otro, el encuentro es un acontecimiento de transformación, que transfigura el corazón, cambia la vida, reaviva la esperanza y hace renacer una relación con Dios buena y saludable.

44.- La inclusión del hombre en Dios

Dios a la búsqueda del hombre entrega a su Hijo, que se hace uno de nosotros excepto en el pecado, identificándose con nosotros y con nuestro destino, hombre verdadero con todas las consecuencias, y que, desde dentro de la condición humana, rompe nuestra impotencia y abre la posibilidad de una realización infinita. “Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios”: este pensamiento constituye la más profunda intuición teológica de los santos padres. “El Verbo de Dios, escribe San Ireneo de Lyon, a causa de su inmenso amor, devino lo que nosotros somos para conseguir que fuéramos lo que Él es”⁹⁷. El hombre llega a ser *por gracia* lo que las personas de la Trinidad son *por naturaleza*. San Ireneo llama a esta inclusión del hombre en Dios y

(97) SAN IRENEO, *Adversus haereses V*, praef.: PG 7 bis, 1120.

a la comunidad con el don de la “inmortalidad”, porque consiste en la participación de la vida divina⁹⁸.

El fin de la gracia es la “divinización” del hombre, imagen de Dios. La comprensión cristiana de la divinización humana lleva a considerar que la divinización es don divino, no autopromoción humana: el hombre puede endiosarse o idolizarse, pero no divinizarse; que no se trata de una pérdida por absorción de lo humano en lo divino: si así fuera, el hombre renunciaría a su identidad pues vive siempre de la gracia: “Peregrinos por gracia aquí abajo, ciudadanos por gracia allá arriba”⁹⁹; y que no conlleva una metamorfosis alienante del ser propio en un ser extraño, una mezcla humano-divina¹⁰⁰. Dios se ha humanado para que el hombre sea divinizado: “*Cristo Jesús existiendo en forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre*” (Fp 2,6-9).

La fe cristiana afirma que el único cumplimiento del hombre en cuanto humano es su participación por gracia en el ser que Dios es. Pero esta participación es más que mera imitación y de ningún modo fusión o absorción en lo

(98) Cf. Y. de ANDIA, *Homo vivens. Incorruptibilité et divinisation de l'homme selon Irene de Lyon*, Paris 1986.

(99) Refiriéndose a Abel dice San Agustín: “Peregrino en el siglo y perteneciente a la ciudad de Dios, predestinado y elegido por gracia, por gracia peregrino aquí abajo, por gracia ciudadano allá arriba” *De civitate Dei* XV, 1, 2: CCL XLVIII, 453-454.

(100) Cf. L. SCHEFFCZYK – A. ZIEGENAUS, *Katholische Dogmatik. VI: Die Heilsverwirklichung in der Gnade. Gnadenlehre*, Aachen 1998, 112.

divino¹⁰¹. Es asimilación por comunión vital en el seno de una relación interpersonal. Esta divinización consiste en la participación del ser divino del Hijo, en cuya humanidad gloriosa “*habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*” (Col 2,9). De esta forma, la divinización cristiana termina desembocando en la categoría de filiación, ya que en y por el Hijo comulgamos en el ser del Padre y del Espíritu, que se relacionan con nosotros asumiéndonos en el Hijo (cf. Rom 8,14-17).

En la fe la búsqueda de Dios es, pues, la salvación del hombre y la salvación del hombre es la venida de Dios. De esta forma, se revela no sólo la identidad del hombre buscado, sino también la identidad de Jesús: “*El Hijo del hombre que ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*” (Mt 18,11) y la del Dios de Jesús, que busca y salva al hombre perdido, y ante quien nuestra actitud ha de ser siempre la del peregrino suplicante: “*Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia a fin de alcanzar misericordia y de hallar gracia para ser socorridos en el tiempo conveniente*” (Heb 4,16). La humildad es la actitud para acoger la misericordia de Dios que esta siempre dispuesto a comenzar el camino de vuelta con nosotros.

(101) Escribe Pascal: “Por donde aparece claramente que el hombre por la gracia, se vuelve como semejante a Dios y participante de su divinidad, y sin la gracia es como semejante a las bestias brutas” B. PASCAL, *Pensamientos sobre la verdad...*, 229.

IV

DINAMISMO DE LA PEREGRINACIÓN

IV. DINAMISMO DE LA PEREGRINACIÓN.

I. LA PEREGRINACIÓN, PRÁCTICA CONSTANTE EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

45.- La peregrinación como momento privilegiado de la trayectoria personal del hombre en la fe

“Alabanza, súplica, confianza, eso sólo le acontece al hombre que se está moviendo y desplazando, al hombre en marcha”¹⁰². En este sentir, la peregrinación es una de las prácticas más antiguas tanto en la historia de la humanidad como dentro de la tradición cristiana. “Ha sido siempre un momento significativo en la vida de los creyentes, asumiendo en las diferentes épocas históricas expresiones culturales diversas. Evoca el camino personal del creyente siguiendo las huellas del Redentor: es ejercicio de ascesis laboriosa, de arrepentimiento por las debilidades humanas, de constante vigilancia de la propia fragilidad y de preparación interior a la conversión del corazón. Mediante la vela, el ayuno y la oración, el peregrino avanza por el cami-

(102) P. BEAUCHAMP, *Psaumes nuit et jour*, Paris 1980, 147.

no de la perfección cristiana, esforzándose por llegar con la ayuda de la gracia de Dios al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo”¹⁰³. En el fenómeno de la peregrinación como una constante en la historia, independientemente de los muchos cambios que ha experimentado la condición humana, se basa el Papa Juan Pablo II para decir a los directores de peregrinaciones en reunión celebrada en 1980: “Tenéis en vuestras manos una clave para el futuro religioso de nuestros tiempos”.

Las personas acuden en gran número y casi siempre con espíritu de búsqueda, arrepentimiento, gratitud y buena disposición para el favor divino. De esta forma, la peregrinación puede convertirse en un momento privilegiado de la trayectoria personal del hombre en la fe y aunque no se realice física y geográficamente, puede servir para progresar en la fe personal, como un itinerario hacia la plenitud de vida. Una auténtica peregrinación será siempre un tiempo y un espacio privilegiados para el descubrimiento, el discernimiento, la iluminación y la conversión. Jesús devolvió a los discípulos de Emaús la memoria y la verdadera interpretación de la historia. También hoy este relato es una imagen del peregrinar cristiano muy adecuada para los peregrinos de la Europa postcristiana. Estos, iluminando los acontecimientos de su vida con la luz y orientándolos con el sentido de las Escrituras, pueden recuperar la esperanza y convertirse en ecos del encuentro con el Señor al retornar nuevamente a la comunidad familiar, parroquial y diocesana y al desarrollar su actividad laboral, social, cultural, política y económica.

(103) JUAN PABLO II, *Bula "Incarnationis mysterium"...*, nº 7.

II. LOS ITINERARIOS DE LA PEREGRINACIÓN ESPIRITUAL

46.- El "itinerario interior de la soledad"

La peregrinación jacobea ha mantenido siempre esta doble dimensión: la devocional, reflejada en la súplica de la intercesión del Apóstol, y la penitencial como búsqueda de conversión. Esto supuesto, la misma peregrinación, como experiencia viva, refleja la realidad íntima de la Iglesia. La relación transformante con el Hijo, que es el Camino, la establece el hombre en la peregrinación a través de tres itinerarios, conforme a la doctrina expuesta por Santo Tomás de Aquino en su *Suma*, que entendía al hombre desarrollando la grandeza de su vocación entre la salida (*exitus*) y el retorno (*reditus*): la salida de Dios como Creador para hacer un camino que le conduciría en definitiva al retorno al Dios Trino " a cuya imagen fuimos creados. [El] es nuestro supremo gozo, mayor no lo hay"¹⁰⁴.

Uno de los itinerarios de esta peregrinación es el "itinerario de la soledad" que recorre el peregrino. La soledad es el presupuesto o punto de partida para llegar a la ultimidad fontal, de donde brota la humanidad verdadera, en el sentido de las palabras de Whitehead: "La religión es [...] soledad. Y si usted no está nunca en soledad, no será nunca religioso"¹⁰⁵. Este es el itinerario interior que prepara al hombre para recibir el don de Dios en "gemidos inefables" (Rom 8,26).

El Concilio Vaticano II formula un aspecto importante del itinerario interior, cuando dice: "Todos llevan en su cora-

(104) SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, I, VIII, 17-18: PL 42, 831-832.

(105) A.N. WHITEHEAD, *Religion in the Making*, New York 1926, 16 s.

zón una ley inscrita por Dios. En obedecerla consiste la dignidad de la persona humana; de acuerdo con ella será juzgada la persona... La conciencia es el núcleo y el santuario más secreto de una persona. Allí está el hombre a solas con Dios, cuya voz resuena en lo más profundo de la persona¹⁰⁶. La sensibilidad a la voz de Dios en las profundidades del propio ser presupone el desarrollo de una capacidad de respuesta a la dinámica de la interioridad que está hecha de asombro, reflexión, contemplación y entrega a la intimidad del Dios que revela y que “está presente en el hombre, pero también ausente porque es infinitamente superior a cuanto hay de superior en él¹⁰⁷. No es, pues, posible una vida cristiana plenamente efectiva sin el desarrollo de esta dimensión de la peregrinación cristiana. “En el hombre interior habita la verdad”¹⁰⁸

47.- *El “itinerario del compromiso y de la solidaridad”*

Sin embargo, la soledad, como todas las posibilidades de la vida humana, es ambivalente y, para ser fecunda, tiene que ser percibida y vivida como la huella que invita a seguir un camino en compañía. Para el hombre creyente la soledad no es origen y fin radical, puesto que el principio es el misterio de Dios, que siendo trinitario, es compañía. Es aquí donde en el peregrinar de nuestra vida hay que situar el segundo “itinerario del compromiso”. Reconocido el prójimo en la soledad, el hombre emprende el “itinerario del compromiso”, cuya meta se sitúa en la construcción de un mundo en el que sea posible hablar, compartir y construir sobre unos valores aceptados y garantizados evangélicamente. “*En esto conocerán todos*

(106) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Gaudium et Spes”*, n° 16.

(107) “Interior intimo meo et superior summo meo” SAN AGUSTÍN, *Confessiones* III, 6, 11: PL 32, 688.

(108) SAN AGUSTÍN, *De vera religione*, 39, 72: PL 34, 154.

que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13,35). “El peregrino jacobeo se ve espoleado también en su camino por la aplicación de los principios cristianos a la vida social. El cristianismo, vivo y firme en la fe, debe mostrarse vivo y fecundo en la caridad, lo cual hoy no puede dejar de adquirir formas de amplitud social, según la doctrina social de la Iglesia”¹⁰⁹.

48.- *El “itinerario ecuménico”*

El compromiso y la solidaridad con todos descubren que la humanidad ofrece distintas formas de expresión religiosa y cultural. No es posible asignar la plenitud de lo humano a una sola raza o cultura, sino que más bien subsiste en el espectro completo de la diversidad cultural, étnica y lingüística, lo cual constituye el tercer itinerario, que denominamos “itinerario ecuménico”. Una de las grandes aportaciones del Concilio Vaticano II consistió en articular las actitudes del respeto y de la apertura hacia las diversas tradiciones de la humanidad, como se puede apreciar cuando afirma: “También las otras religiones que se encuentran por todo el mundo se esfuerzan por responder de varias maneras a la inquietud del corazón humano, proponiendo caminos, es decir, doctrinas, normas de vida y ritos sagrados. La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y vivir, los preceptos y las doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a los hombres. Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es *el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6), en quien los hombres encuentran la pleni-

(109) PABLO VI, *Mensaje radiotelevísado en la Fiesta del Patrono de España, Año Santo 1965. Ecclesia* 1254(31 julio 1965), 5.

tud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas”¹¹⁰. Es momento de afirmar la vocación universal católica. En este sentido, “preclaro símbolo de esa vocación es Santiago de Compostela, la ciudad que por la fuerza de la memoria apostólica, atrae a distintos pueblos para que encuentren la unidad en una misma fe”¹¹¹. El Camino de Santiago es vínculo poderoso de unidad dentro de un ideal religioso.

49.- Invitación a la comunión, plenitud e integridad humanas

La peregrinación por estos itinerarios no es una aventura solitaria, sino una invitación a la comunión, plenitud e integridad humanas. Anunciar el reino de la fraternidad, la libertad, la justicia, la solidaridad y la vida como realidades ya implantadas por Jesucristo, equivale a comprometerse contra el odio, la esclavitud, la injusticia y la muerte; a “*sentir al hermano de fe*” para saber *compartir alegrías y sufrimientos, intuir sus deseos y atender sus necesidades; a “ver lo que hay de positivo” en los otros para acogerlo y valorarlo como don de Dios; y a “dar espacio a los otros” llevando mutuamente las cargas*” (cf. Gal 6,2) . La palabra que proclama el evangelio de salvación es una palabra sacramental, es sacramento: ha de obrar lo que significa. Por consiguiente, sólo se profetizará de un modo veraz en tanto en cuanto verifique sus contenidos actuándolos, haciéndolos sobrevenir.

(110) CONCILIO VATICANO II, *Declaración “Nostra Aetate”*, nº 2

(111) JUAN PABLO II, *Discurso del Papa [respuesta al saludo de S.M. el Rey Juan Carlos I]: IV Jornada Mundial de la Juventud...*, 226.

III. LA ESPIRITUALIDAD DE LA PEREGRINACIÓN

50.- Dimensión escatológica

La peregrinación, como “experiencia religiosa universal”, sigue manteniendo en la actualidad los elementos esenciales de su espiritualidad, puestos de relieve en las diferentes dimensiones: escatológica, penitencial, festiva, cultural, apostólica y de comunión¹¹².

En primer lugar, la peregrinación es una ayuda para la toma de conciencia de la perspectiva escatológica en la que se mueve el cristiano. La vida cristiana, como vida en el Espíritu, consiste según San Pablo, en no dejarse guiar por las obras de la carne, sino por el Espíritu, en optar, no por lo percedero, sino por lo impercedero, en vivir según Dios y no según el hombre (cf. Gal 5,17-25; 6,8; Rom 8,2-15). La vida desde el Espíritu significa, positivamente, apertura a Dios y al prójimo. La apertura a Dios se realiza principalmente en la oración (cf. Rom 8,15.26s; Gal 4,6), como ventana abierta a su infinitud. Gracias al Espíritu poseemos la *libertad de los hijos de Dios*. El hombre libre es el que se libera de sí mismo para poder estar a disposición de Dios y también de los otros. El desinterés del amor es la verdadera libertad cristiana, ya que de aquí nacen los frutos del Espíritu, que son: amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí (cf. Gal 5,22 s). De este modo el Espíritu promueve el reino de la libertad de los hijos de Dios y hace que el cristiano viva en el vaivén entre el “ya” y el “aún no”. Lo que significa que vivir en el Espíritu es ante todo asentar la vida en la dinámica de la esperanza y aguardar la transformación definitiva del mundo. Si la fe es el punto de partida e inicio de la experiencia cristiana, si la caridad es, en sí misma, la virtud

(112) Cf. CCDYDS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia...*, nº 286.

mayor (1 Cor 13,13), la esperanza es la virtud primera del “homo viator”, en su peregrinar terrestre. Caminamos hacia el fin de los tiempos, entendido no como catástrofe, sino como plenitud y culminación de la historia. Este peregrinaje comienza ya ahora, completamente bajo la promesa de Dios, pero confiado completamente a la responsabilidad del hombre. “El peregrino sabe que ‘aquí abajo no tenemos una ciudad estable’ (Heb 13,14), por lo cual más allá de la meta inmediata del santuario, avanza a través del desierto de la vida, hacia el Cielo, hacia la tierra prometida”¹¹³. Esta dimensión escatológica de la peregrinación terrenal hace exclamar a Bonhoeffer: “Dichosos los que, habiendo reconocido [la gracia de Dios en Jesucristo], pueden vivir en el mundo sin perderse en él; aquellos que en el seguimiento de Jesucristo están tan seguros de la patria celeste que se sienten realmente libres para vivir en el mundo”¹¹⁴.

51.- Dimensión penitencial

Además, “la peregrinación se configura como un ‘camino de conversión’: al caminar hacia el santuario, el peregrino realiza un recorrido que va desde la toma de conciencia del propio pecado y de los lazos que le atan a las cosas pasajeras e inútiles, hasta la consecución de la libertad interior y la comprensión del sentido profundo de la vida”¹¹⁵. El peregrino toma conciencia del pecado y lo rechaza. Se desviste del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. Es decir, la vida de fe se expresa a través de la conversión y la penitencia. Lo que significa que “penitencia” sólo puede aclararse sobre el trasfondo de una amplia comprensión de la fe. Esta es una vuelta sin reservas (conversión) hacia Dios y, consecuentemente, vuelta de otros esquemas y proyectos

(113) *Ibid.*

(114) D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, Salamanca 1995, 25

(115) CCDYDS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, n° 286.

de la existencia, abandono de otras formas de asegurar y fundamentar la vida, abandono del dinero, del placer y del poder, en cuanto son comprendidos como garantía y plenitud de la vida. La fe es la actitud que deja que Dios sea completamente Dios. Por esto, la penitencia es su fuerza crítica frente a los viejos ídolos, frente a todas las pretensiones de absolutez por parte de los sistemas ideológicos y políticos.

Así lo resume Juan Pablo II cuando escribe: “La conversión (*metanoia*), a la que cada ser humano está llamado, lleva a aceptar y hacer propia la nueva mentalidad propuesta por el Evangelio. Esto supone el abandono de la forma de pensar y actuar del mundo, que tantas veces condiciona fuertemente la existencia. Como recuerda la Sagrada Escritura, es necesario que muera el hombre viejo y nazca el hombre nuevo, es decir, que todo el ser humano se renueve ‘hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su creador’ (Col 3, 10). En ese camino de conversión y búsqueda de la santidad ‘deben fomentarse los medios ascéticos que existieron siempre en la práctica de la Iglesia, y que alcanzan la cima en el sacramento del perdón, recibido y celebrado con las debidas disposiciones’. Sólo quien se reconcilia con Dios es protagonista de una auténtica reconciliación con y entre los hermanos”¹¹⁶.

La peregrinación, pues, pone en evidencia que fe cristiana y penitencia se pertenecen mutuamente, en cuanto que la penitencia no es en el fondo ninguna otra cosa que la otra cara de la fe que nos impulsa a vivir el amor de Dios hasta olvidarnos de nosotros mismos y abandonar el amor de nosotros mismos que nos lleva a despreciar a Dios¹¹⁷.

(116) JUAN PABLO II, *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999), n.º 32.

(117) Cf. SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei* XIV, 28: CCL XLVIII, 451.

52.- *Dimensión festiva*

Esta dimensión penitencial de la peregrinación “coexiste con la dimensión festiva: también ésta se encuentra en el centro de la peregrinación, en la que aparecen no pocos motivos antropológicos de la fiesta”¹¹⁸. Todos los elementos integrantes de la peregrinación vienen a significar que la existencia cristiana está presidida por el gozo del Espíritu. Si poseemos *ya*, en arras y primicias, el don del Espíritu, entonces poseemos *ya* la felicidad escatológica incoativamente, en el sentido de que ésta no es algo que debe diferirse hasta el *fin*, sino que se dispensa y se disfruta festivamente en el *ahora* de la efusión del Espíritu. Por tanto, al igual que la alegría de la peregrinación, la alegría cristiana no es la impasibilidad pagana (*apátheia*), ni la felicidad de la civilización del bienestar: la instalación placentera en la existencia, la mayor acumulación posible de experiencias gratificantes y de goces intensos y variados, la *buena vida* como única versión válida de la *vida buena*.

53.- *Dimensión cultural*

La peregrinación es esencialmente un acto de culto. Es un caminar hacia el encuentro con Dios en un santuario, con una actitud de alabanza, gratitud por los dones recibidos y súplica de las gracias necesarias para la vida o el perdón por los pecados cometidos para participar en la Pascua de Cristo, “en ese paso de lo divino a lo humano, de la muerte a la vida, hacia la unidad de Dios y el hombre. El culto cristiano es, de esta forma, el cumplimiento y la realización concretos de la palabra que Jesús proclamó el primer día de la gran semana, el Domingo de Ramos, en el templo de Jerusalén: ‘Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a

(118) CCDYDS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia...*, n° 286.

todos hacia mí (Jn 12,22) ”¹¹⁹. En el culto, expresión de una actitud gratuita ante Dios, la palabra divina nos es dada como vida, evitando el riesgo de reducir a Jesús a puro objeto del pasado o maestro de moral. También, como la oveja perdida cargada sobre los hombros de Cristo y “de vuelta a casa”, reconocemos y proclamamos laudatoriamente que somos gracia, y tomamos conciencia de ella en la medida que lo decimos delante de Dios.

54.- *Dimensión apostólica*

Dada la situación itinerante del peregrino al modo de Jesús y sus discípulos recorriendo los caminos de Palestina para anunciar el Evangelio, la peregrinación es un anuncio de fe y los peregrinos se convierten en “heraldos de Cristo”¹²⁰. Como los Apóstoles enviados a predicar por Jesús, los discípulos peregrinos no deben llevar ni equipaje ni provisiones ni dinero; deben depender enteramente de la hospitalidad que les ofrezcan en las ciudades y pueblos en los que entren (cf. Mt 10,9-11). Se ponen en camino en nombre de Jesús y en nombre del que ha enviado a Jesús (cf. Mt 10,40). Gracias a las dos misiones trinitarias que de forma visible tuvieron lugar por la encarnación del Hijo en el seno de María y la efusión de Pentecostés, en el peregrino tiene que encarnarse, nacer y tomar cuerpo Jesús y descender el Espíritu, de forma que, como los apóstoles, pueda ser testigo más allá de Jerusalén, Samaría y Judea.

55.- *Dimensión de comunión*

El peregrino está en comunión de fe y caridad no sólo con los compañeros que le acompañan, sino con el mismo

(119) J. RATZINGER, *El espíritu de la Liturgia. Una introducción*, Madrid 2001, 55. Cf. R. GUARDINI, *Sobre el espíritu de la Liturgia*, Barcelona 1999.

(120) CCDYDS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia...*, nº 286.

Jesús, como en el camino de Emaús (cf. Lc 24,13-35), con su comunidad de origen, con la iglesia que habita en el cielo y peregrina en la tierra, con los peregrinos de todos los tiempos, con la naturaleza y con toda la humanidad¹²¹. La comunión universal de todos los cristianos se funda en la misma fe, vivida como encuentro radical con Cristo, y en la misma experiencia del Espíritu, en libertad y amor, que une a todos los cristianos (cf. Gal 3,1-5). Sin embargo, la novedad de esa experiencia no se cierra en aquellos rasgos carismáticos que se limitan a la emoción interna y a la elevación supra-racional, que sin duda existen, sino que se abre en amor misionero y servicio mutuo. Por eso San Pablo apela, más allá de la Ley, al Espíritu de Cristo, recibido por fe (cf. Gal 3,1-3) y expresado en “amor, gozo, paz” (cf. Gal 5,22), como garantía de unión eclesial y misión universal. “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del Mundo”¹²².

(121) *Ibid.*

(122) JUAN PABLO II, *Carta Apostólica “Novo millennio ineunte”*, nº 43.

V

**CRISTO, PEREGRINO DE LA
GRACIA DEL PADRE**

V. CRISTO, PEREGRINO DE LA GRACIA DEL PADRE

I. **CRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE**

56.-Filiación divina en y por Cristo

Cristo, “el Hijo que da Figura y Palabra a Dios en el mundo”¹²³, es constituido por la relación al Padre que le envía y a aquellos a quienes es enviado, con los que tienen la misma naturaleza y comparten el mismo destino. Es el Hijo por antonomasia, cuya filiación se basa en la generación y la consiguiente participación de naturaleza. Pero Jesús no sólo llama a Dios *Abbá*, sino que enseña a los suyos a hacer lo mismo. “Puesto que sólo un hijo conoce realmente a su padre, sólo él es capaz de transmitir a otros este conocimiento”¹²⁴. A partir de este hecho capital, la idea de una participación humana en lo divino está indisolublemente vinculada a la persona y a la obra de Cristo, esto es, a la idea y realidad de filiación en y por Cristo.

(123) Cf. O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo...*, 413-428.

(124) J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento I*, Salamanca 19804, 78.

Así, la existencia cristiana consiste en reproducir los misterios salutíferos de Cristo: convivir, consufrir, conmorir, ser consultados, conresucitar, ser coherederos, ser conglorificados. Es cristiano aquél en quien Cristo se va formando (cf. Gal 4,19; 2Cor 3,18; Col 3,10), el que va reproduciendo la imagen del Hijo (cf. Rom 8,29) hasta que esa imagen cobre una cualidad suma en la resurrección (cf. 1Cor 15,49; Fil 3,21). La ascensión de la forma del Hijo por parte del hombre se debe a la acción graciosa de comunicación de la vida del Hijo, que hacía decir al Apóstol: “*No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2,20). Asimismo, la existencia cristiforme¹²⁵ del creyente conlleva una psicología igualmente cristiforme, en virtud de la cual participamos de “los mismos sentimientos” de Cristo (Fil 2,5), que han de exteriorizarse en las obras y, sobre todo en la caridad fraterna (cf. 1Jn 2,29; 4,7-13), que es un amar como Cristo nos amó (cf. Jn 13,34; 15,12) o un dar la vida como él la dio (cf. 1Jn 3,16).

57.-La comunicación personal divina por Cristo

La vida cristiana está así trenzada por hilos de horizontes abiertos e ideales de grandeza –la propia del Verbo encarnado – a la vez que por hilos de realismo, condición histórica y pequeñez amada –la propia de Jesús desde Naza-

(125) “Cristo toma forma por la fe en el hombre interior del creyente, el cual es llamado a la libertad de la gracia, es manso y humilde de corazón y no se jacta del mérito de sus obras, que es nulo, sino que reconoce que la gracia es el principio de sus pobres méritos; a éste puede Cristo llamar su humilde hermano, lo que equivale a identificarlo consigo mismo ya que dice: Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos conmigo lo hicisteis. Cristo toma forma en aquel que recibe la forma de Cristo el que vive unido a él con un amor espiritual. El resultado de este amor es la imitación perfecta de Cristo en la medida en que esto posible. Quien dice que permanece en Cristo debe vivir como él vivió” SAN AGUSTÍN, *Expositio Epistolae ad Galatas* 37-38: PL 35, 2131-2132.

ret hasta el Calvario ⁻¹²⁶, a quien debemos imitar: "Haceos los sordos cuando alguien os hable a no ser de Jesucristo, el de la descendencia de David, el hijo de María, que nació verdaderamente, que comió y bebió como hombre, que fue perseguido verdaderamente bajo Poncio Pilato y verdaderamente también fue crucificado y murió verdaderamente a la vista de los seres celestes, terrestres e infernales. El resucitó verdaderamente de los muertos, habiendo sido resucitado por su mismo Padre, y a semejanza suya, a los que hemos creído en Él también su Padre nos resucitará en Jesucristo, fuera del cual no tenemos la vida verdadera"¹²⁷.

La paradoja cristológica de muerte-resurrección revela asimismo la paradoja trinitaria. Dios, revelador en Cristo, es Padre, Hijo y Espíritu, que se ponen y proponen recíprocamente y hacia los hombres, cada uno en su relación concreta y original al otro. Dios es comunidad dialogal en la cual un Yo se pone y propone a un Tú, que Lo acoge y se Le da, en la comunión de un Nosotros, que no es un Él fuera del diálogo, sino que es precisamente el Nosotros en persona: El Espíritu. En esta comunidad de relaciones es introducido el hombre, que entra en contacto con Jesús. Aquí se funda la exigencia absoluta de decisión que plantean la predicación y la actuación de "*Jesús nazareno, varón poderoso en obras y palabras*" (Lc 24,19). En su historia y en su conciencia filial, el Padre se ha puesto en una relación nueva y transformadora con los hombres, enviándoles a través del Hijo al Espíritu. El hombre tiene acceso al Padre en el Espíritu y a través del Hijo. "En este nombre se encuentran y separan dos mundos... el mundo de la carne, [...] y el mundo del Padre[...]. El punto

(126) Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca 1995, 400.

(127) SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Tralianos IX, 1-2: Fuentes Patristicas 1*, edición bilingüe preparada por Juan José Ayán Calvo, Madrid 1991, 143.145.

de la línea de intersección en que ella puede ser vista y es vista es *Jesús*, Jesús de Nazaret, el Jesús ‘histórico’¹²⁸. El Dios en quien creemos los cristianos, es, pues, comunicación personal en amor que los hombres podemos recibir y compartir en Cristo.

II. CRISTO, AUTODONACIÓN DE DIOS A LA CRIATURA

58.-Comunicación divina gratuita y misteriosa

Esta comunicación personal o revelación de Dios, como manifestación total del misterio que estaba escondido, no evapora el misterio, que debe entenderse como lo que se abre desde el seno que al mismo tiempo lo esconde. Así pues, la comunicación o revelación del Hijo es la manifestación del misterio desde el regazo paterno que lo mantiene escondido en el silencio eterno. Dios es el tesoro que, gratuitamente, anuncia su presencia siempre escondida.

Lo que Dios revela no es algo aparte y fuera de sí mismo, sino Él mismo como Palabra viva y como Amor trascendente e infinito. Esto sucede de modo eminente cuando Dios, “amigo de la vida” (cf. Sab 11,26), se compromete a favor de la vida plena del hombre, lo cual tiene lugar en la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús. Él, impregnado del Amor sustancial, se comunica como Gracia y Vida y se revela como Luz. “*Se ha revelado el amor de Dios*”, (Tit 2,11). Pero la Salvación y el Amor de Dios no son otra cosa sino Dios mismo.

(128) K. BARTH, *Carta a los romanos*, Madrid 1998, 77.

59.-Autodonación divina y realización del hombre por gracia

En la concepción de la revelación, entendida como locución de Dios que da su testimonio autorizado, hay que acentuar más el aspecto de *testimonio autorizado* que el de la *locución*. Dios, mediante su autodonación, forma parte de este lenguaje y, por eso, en la revelación de Dios actúa Dios mismo y, en segundo lugar, las palabras y proposiciones con las que los hombres suelen comunicarse. Lo que equivale a decir que la primacía la tiene la Palabra sobre las palabras y proposiciones. Las palabras de la Sagrada Escritura son mediación testimonial entre la Palabra y nuestros corazones iluminados con la fe por el Espíritu Santo¹²⁹. Las palabras son múltiples. La Palabra, hecha carne, tan sólo una.

Por tanto, la encarnación no es el resultado de un movimiento de autodivinización del hombre que por sí mismo habría llegado a ser Dios, sino de una decisión libre de Dios omnipotente que se proyecta a sí mismo fuera de sí. Vista desde Dios, la encarnación es autodonación a la criatura, y vista desde el hombre, es una realización de sí mismo, que lo lleva a la posibilidad máxima contenida en su ser como esencia abierta. La filiación divina es así perfección del hombre, a la vez intrínseca, porque no tenemos en el designio de Dios otra vocación, y gratuita, porque sólo por el libre don de la libertad divina podemos llegar a ella. La gracia, a la vez, supone y perfecciona nuestro ser de criaturas. Y esta perfección es causada sólo por Dios mismo, “*de suer-*

(129) “La Sagrada Escritura no se identifica con la revelación; aunque la Sagrada Escritura misma sea palabra de Dios, lo es en forma de atestiguamiento de la propia revelación de la Palabra; y además, la Sagrada Escritura es la forma de autoatestiguamiento de la Palabra en la letra, al lado de la cual se dan todavía otras formas de autoatestiguamiento de la Palabra” H.U.von BALTHASAR, *Palabra, Escritura, Tradición: Ensayos teológicos I*. Verbum Caro, Madrid 1964, 19.

te que el que es de Cristo, se ha hecho criatura nueva; y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo” (2Cor 5,17).

60.-Paternidad de Dios, filiación divina y fraternidad entre los hombres

Hablar de filiación divina y paternidad de Dios supone además pensar en una fraternidad entre los hombres. La gracia es también un misterio de comunión fraterna, en cuanto que la unidad del género humano se funda últimamente en Jesucristo, el Adán definitivo, por quien todos tenemos acceso al Padre común (cf. Ef. 2,18). Sólo quien entiende la vida y la propia salvación como don puede a su vez entregarse enteramente al otro en el amor. Sólo en cuanto los hombres nos sentimos “nosotros” y estamos, por consiguiente, unidos a Cristo, podemos ser “tú” para Dios, que, aun amándonos a nosotros mismos, nos ama precisamente en su Hijo. Filiación divina y fraternidad humana son, por consiguiente, dos nociones que se implican mutuamente y, como nos dice San Juan (cf. 1Jn 4,19-21), en la segunda está la necesaria verificación de la primera.

Consecuentemente, la salvación es algo irrevocablemente ofrecido por Dios al darnos a su Hijo y al incluirnos en su paternidad, pero que tiene que encontrar en cada hombre la respuesta y conformación libre con esa oferta y autodonación divinas. La salvación, y por ende la gracia, ha de verse y hacerse presente en todas las dimensiones de la vida humana, incluso en las más visibles y exteriores, puesto que ellas pueden ser manifestaciones del amor de Dios y signos de su presencia. Y es propio del hombre recibir y testimoniar esta benevolencia divina en el mundo. “Dichosos los que, en el simple seguimiento, han sido dominados [por la gracia de Dios en Jesucristo],

de suerte que , con espíritu humilde, pueden glorificar la gracia de Cristo, que es la única que actúa”¹³⁰.

III. CRISTO, PEREGRINO POR AMOR AL HOMBRE

61.-El “vaciamiento” de Dios como fuente de salvación

La autodonación divina pone de manifiesto la radicalidad con que el Dios cristiano ha salido de sí para hacerse pobre y peregrino por amor al hombre. En el evangelio de Juan el misterio de la salvación se representa mediante el viaje de Jesús en cuanto Hijo que procede del Padre y viene a este mundo. Su retorno al Padre desde este mundo a través de la muerte y la resurrección es el paradigma de nuestro tránsito o Pascua en seguimiento de Jesús. “*Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre*” (Jn 16,28). La vida auténtica se experimentará mediante la participación en esta pascua de Cristo, por cuanto que cuando Jesús muere en la cruz, es asumido por el Padre a su derecha y, henchido del Espíritu que lo unge con el poder de Hijo de Dios, otorga ese mismo Espíritu a su comunidad y a cada uno sus discípulos en los que está vivo para siempre.

De manera semejante, San Pablo describe la salvación en términos del “viaje” del Hijo como anonadamiento, o vaciamiento de sí mismo que conduce al Hijo de Dios a la “obediencia hasta la muerte” y a su exaltación a la gloria como fuente de salvación para todos (cf. Fp 2,5-11). Ahí está la esencia del misterio pascual que libera a los creyentes de la esclavitud al pecado para conducirlos a una nueva vida en el Espíritu. Jesús transforma la trayectoria humana no sólo obrando prodigios sino en su misma persona y su presencia.

(130) Cf. D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, 25.

IV. MARÍA, PEREGRINA POR GRACIA E “ICONO DE LA IGLESIA PEREGRINA EN EL DESIERTO DE LA HISTORIA”

62.-Plan divino preestablecido en libertad

Con la encarnación en la “*plenitud de los tiempos*” (Gal 4,4) el Hijo de Dios inicia su peregrinaje en el mundo, naciendo de una mujer bajo un régimen legal judío. La plenitud no viene dada por la maduración intrahistórica del hombre, ni por la esperanza explícita de una revelación divina, ni porque la evolución biológica o cultural requiriera esa presencia de Dios como necesaria. El envío del Hijo responde a un plan divino preestablecido en libertad, al que sin embargo no le son ajenas las preparaciones intrahistóricas, como condición de posibilidad para reconocer y acoger la oferta divina. Hay por tanto una reciprocidad: Dios envió a su Hijo en un momento en que el desarrollo de los hombres había llegado a un determinado punto. “La humanidad de Jesús es tan real y decisiva como su divinidad; por eso la figura de María a partir del momento en que se explicita la identidad humano-divina de Cristo ha tenido una presencia fundamental en la conciencia cristiana que está fundada y viene exigida por el realismo de la encarnación, de la constitución humana y de la verdad fisiológica de Jesús”¹³¹.

Por María se inserta y se inicia la peregrinación del Hijo en el mundo y, en consecuencia, la verdad de la encarnación y de la redención va ligada a la verdad de María. Si ella no es una mujer libre, si no otorga su cuerpo y alma para que nazca el Hijo de Dios, no hay encarnación ni redención. Por eso, donde ella no es tomada absolutamente en serio como persona real, dando su consentimiento a Dios y

(131) O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, 87.

cooperando, no hay cristianismo pleno¹³². En este sentido es muy significativo que desde la teología se la califique como “exponente de la fe católica”¹³³. Su “sí” consciente y cooperante con Dios es la condición para que Él plante su “tienda entre nosotros”, sea el “Emmanuel”, Dios con nosotros. Para ello cuenta con nosotros, presentes, anticipados y representados en el consentimiento de María. “La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe”¹³⁴, pasando a través de las pruebas que el peregrinar creyente comporta para nosotros en la condición de confusión, de indiferencia y de tibieza en relación de la fe.

63.-María, emblema luminoso de la humanidad redimida

Según Juan Pablo II, María, “icono de la Iglesia peregrina en el desierto de la historia”, indica el camino, Cristo, que es el único mediador para encontrar en plenitud al Padre. En su Inmaculada Concepción es modelo perfecto de la criatura humana, en cuanto que colmada desde el inicio de la gracia divina elige en libertad el camino de Dios. En “su gloriosa Asunción al cielo, María es la imagen de la criatura llamada por Cristo resucitado a alcanzar, al final de la historia, la plenitud de la comunión con Dios en la resurrección durante una eternidad feliz. Para la Iglesia, que a menudo siente el peso de la historia y el asedio del mal, la Madre de Cristo es el emblema luminoso de la humanidad redimida y envuelta por la gracia que salva”¹³⁵.

(132) Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, Madrid 2001, 421-423.

(133) Cf. L. SCHEFFCZYK, *María. Exponent des katholischen Glaubens*, en IDEM, *Schwerpunkte des Glaubens. Gesammelte Schriften zur Theologie*, Einsiedeln 1977, 306-323.

(134) CONCILIO VATICANO II, *Constitución “Lumen Gentium”*, nº 58.

(135) JUAN PABLO II, *Alabanza a la Trinidad...*, 166.

Teniendo en cuenta que la glorificación corporal de la Virgen anticipa aquella glorificación a la que están destinados todos los elegidos, el Papa la califica como “signo de esperanza para los últimos de la tierra, que serán los primeros en el reino” y como “peregrina en la fe, estrella del tercer milenio”, a quien la Iglesia sigue “caminando por las sendas tortuosas de la historia, para levantar, promover y valorizar la inmensa procesión de mujeres y hombres pobres y hambrientos, humillados y ofendidos... Como tal, a todos los que recurren a ella los guía hacia el encuentro con Dios Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo”¹³⁶.

136 *Ibid*, 171.

VI

**LA PEREGRINACIÓN JACOBEA EN
LA NUEVA EUROPA**

VI. LA PEREGRINACIÓN JACOBEA EN LA NUEVA EUROPA

I. EL NACIMIENTO DE LA CONCIENCIA DE EUROPA EN LA PEREGRINACIÓN A SANTIAGO

64.-El Camino de Santiago, memoria de la tradición apostólica

La peregrinación a Santiago de Compostela ha contribuido sin duda alguna a la unidad e integración de Europa. “El destino del camino jacobeo coincidirá con el destino cristiano de Europa dado que el jubileo compostelano es el que recogió con más hondura el sentir religioso popular de la Europa cristiana”¹³⁷. Juan Pablo II expresa magníficamente esta realidad cuando afirma: “Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la ‘memoria’ de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando”¹³⁸.

(137) E. ROMERO POSE, *El Jubileo Compostelano...*[citado en nota 1].

(138) Cf. JUAN PABLO II, *La renovación espiritual y humana de Europa. Discurso en el acto europeísta celebrado en la catedral de Santiago de*

El *Codex Calixtinus* describía con alegría y admiración a mediados del siglo XII la congregación de representantes de todos los pueblos de Europa en torno al Sepulcro del santo Apóstol: “Causa alegría y admiración contemplar los coros de peregrinos al pie del altar venerable de Santiago en perpetua vigilancia: los teutones a un lado, los francos a otro, los italianos a otro; por todo ello toda la iglesia se ilumina como con sol en un día claro. Cada uno con sus compatriotas cumple individualmente con maestría las guardias. Unos tocan cítaras, otros liras, otros tímpanos, otros flautas, caramillos, trompetas, arpas, violines, ruedas británicas o galas, otros cantando con cítaras, otros cantando acompañados de diversos instrumentos, pasan la noche en vela; otros lloran sus pecados, otros leen los salmos, otros dan limosna a los ciegos. Allí pueden oírse diversidad de lenguas, diversas voces en idiomas bárbaros; conversaciones y cantilenas en teutón, inglés, griego y en los idiomas de otras tribus y gentes diversas de todos los climas del mundo. No existen palabras ni lenguaje en los que no resuenen sus voces”¹³⁹. Alrededor de la Tumba del Apóstol se congregaban peregrinos venidos de Francia, Italia, los Países Nórdicos, las Naciones Eslavas y del Medio Oriente, de toda condición social y nivel cultural o espiritual.

Santiago de Compostela se convierte, pues, en meta de un Camino que los peregrinos recorren para hacer memoria de la tradición apostólica ante el olvido de nuestras raíces cristianas. Es preciso dar a los hombres una esperanza; a los que no tienen ninguna y a los cristianos que han olvi-

Compostela: Juan Pablo II en España. Texto completo de todos los discursos, Madrid 1982, 183-188.

(139) Cf. *Liber sancti Jacobi. “Codex Calixtinus”*. Traducción por los Profesores A. Moralejo-C. Torres-J. Feo. Reedición preparada por X. Carro Otero, Pontevedra 1992, 199 s.

dado “a qué precio han sido rescatados”¹⁴⁰. Con el equipaje de la fe empezaron su peregrinaje los peregrinos siguiendo la dirección de la Vía Láctea. Las huellas de sus pies, miles de veces repetidas, fueron marcando la ruta y formaron el Camino de Santiago de Compostela, “capital espiritual de la unidad europea”. Un Camino que ha de ser esa corriente de oxígeno espiritual que vaya purificando el aire que respiramos para que la semilla del mal se haga estéril y la semilla del bien madure en frutos abundantes de vida cristiana.

II. LA HISTORIA DE EUROPA COMO HISTORIA DE SU EVANGELIZACIÓN

65.-La tradición jacobea, llamada constante a la fe en Cristo

La secularización, la increencia como mentalidad, la descristianización nos han llevado a una crisis religiosa que ha generado la crisis cultural que vive Europa. Pese a la tendencia a una desacralización radical de la visión del mundo, favorecida sucesivamente por la Ilustración y por los historicismos materialistas o idealistas, en medio de todo no sería justo afirmar que el contenido cristiano no sigue siendo una referencia en nuestra vida. “La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización, hasta tal punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio”¹⁴¹.

(140) “Y si llamáis Padre al que sin acepción de personas juzga a cada cual según sus obras, vivid con temor todo el tiempo de vuestra peregrinación, considerando que habéis sido rescatados de vuestro vanos vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha, ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro” (1Pe 1,17-20).

(141) JUAN PABLO II, *La renovación espiritual y humana de Europa...*, 184.

Esta fue la Europa que comenzó a formarse gracias a la labor de “inculturación del mensaje evangélico en las respectivas civilizaciones”, llevada a cabo por los santos Benito, Cirilo y Metodio, patronos de Europa, encontrando en los monasterios una colaboración fundamental en este propósito. Ello contribuyó a forjar un patrimonio cristiano que, según Juan Pablo II, continúa hoy “ofreciendo respuestas adecuadas a las nuevas cuestiones que se plantean especialmente en el campo ético”. Los cristianos europeos no podemos olvidar esta realidad¹⁴².

“La peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones”¹⁴³. La cultura jacobea constituye, de esta forma, una llamada constante a la fe en Cristo, y el ahondar en las huellas de su pasado y su presente es no sólo una enriquecedora vivencia personal, sino un camino compartido de esperanza para un mundo cada vez más solidario y atento a sus más sólidas virtudes.

(142) Escribía Pablo VI: “Tenemos la convicción de que la fe católica puede ser un coeficiente de valor incomparable para infundir vitalidad espiritual a esa cultura fundamentalmente unitaria que debería constituir el alma de una Europa social y políticamente unificada. Toda Europa recibe del patrimonio tradicional de la religión de Cristo la superioridad de sus hábitos jurídicos, la nobleza de las grandes ideas de su humanismo y la riqueza de los principios que distinguen y vivifican su civilización. El día en que Europa repudiase este fundamental patrimonio ideológico dejaría de existir” ENRIQUE MORENO BAEZ, *Los cimientos de Europa*, Santiago de Compostela 1996, 7-8.

(143) *Ibid.*

III. *DESCUBRIMIENTO DE LOS ORÍGENES DE EUROPA A TRAVÉS DE LA PEREGRINACIÓN JACOBEA*

66.-La Iglesia y Europa marcadas por la misma historia

En estos comienzos del tercer milenio, Europa trata de consolidar su personalidad como pueblo, con aspiraciones comunes y un esperanzado futuro forjado sobre los pilares de la historia y de la cultura cristiana. Si una de las metas comunes a la Cristiandad occidental fue durante siglos la Ciudad del Apóstol a través del Camino de Santiago, el reencontro con la experiencia del peregrinaje servirá para renovar y actualizar los vínculos comunes, forjar la espiritualidad cristiana del nuevo milenio y lograr una vivencia personal interior animada por una sensibilidad solidaria y una cultura abierta y moderna donde fertilicen los valores universales de la enseñanza evangélica.

“La Iglesia y Europa son dos realidades íntimamente unidas en su ser y en su destino. Han realizado juntas un recorrido de siglos y permanecen marcadas por la misma historia. Al encontrarse se han enriquecido mutuamente con valores que no sólo son el alma de la civilización europea, sino que también forman parte del patrimonio de toda la humanidad. Por este motivo, Europa no puede abandonar el cristianismo como compañero de viaje en su camino hacia el futuro, lo mismo que un caminante no puede abandonar sus razones de vivir y de seguir adelante sin caer en una crisis dramática. Como el Papa ha señalado en varias ocasiones, las crisis del hombre europeo son las crisis del hombre cristiano y las crisis de la cultura europea son las crisis de la cultura cristiana”¹⁴⁴.

(144) A. SODANO, *Los jóvenes de Europa hacia el tercer milenio cristiano. Homilía del Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado de Su Santi-*

En la actualidad asistimos a las consecuencias de las ideologías secularizadas que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa a la preponderante importancia atribuida al éxito económico; desde el materialismo y el hedonismo, que ataca los valores de la familia en su raíz, hasta un nihilismo que incapacita para afrontar problemas tan acuciantes como el de los nuevos pobres, el de los inmigrantes del tercer mundo, el de las minorías étnicas y religiosas, el de los nacionalismos fundamentalistas que llevan al terrorismo o el del recto uso de los medios de comunicación. Percibimos que “el cristianismo vive una situación de crisis, de desplazamiento existencial, de tiempos invernizos y que ha perdido influencia en las conciencias, relevancia social, audiencia y eficacia pública, presencia en las instituciones y en la configuración de la conducta”. En este contexto, una vez más deben resonar las palabras pronunciadas por Juan Pablo II en la catedral de Santiago de Compostela el 9 de noviembre de 1982: “Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del Cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: vuelve a encontrarte. Sé tu misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles

dad y Legado Pontificio en la misa conclusiva del Encuentro Europeo de Jóvenes, Santiago de Compostela, 8 de agosto de 1999: Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago 3535(1999)533.

consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: 'Lo puedo'"¹⁴⁵.

68.-La unidad europea asentada sobre valores humanos y cristianos

Ciertamente, no se trata de crear una Europa paralela a la existente, sino de mostrar a esta Europa que su alma y su identidad están profundamente enraizadas en el cristianismo, para poder así ofrecerle la clave de interpretación de su propia vocación en el mundo.

La unidad de Europa será duradera y provechosa si está asentada sobre los valores humanos y cristianos que integran su alma común, como son la dignidad de la persona humana, el profundo sentimiento de justicia y libertad, la laboriosidad, el espíritu de iniciativa, el amor a la familia, el respeto a la vida, la tolerancia y el deseo de cooperación y de paz, es decir, ¡la Europa unida del tercer milenio!¹⁴⁶.

El articulado sistema de valores –fe, solidaridad, caridad, sacrificio, actitud penitencial y trascendencia– relacionado con la peregrinación compostelana maduró y reforzó una concepción cristiana de las relaciones entre los hombres de países y costumbres diferentes, unidos en una misma fe y en una misma civilización que sigue siendo referente en este momento. Por eso, Europa no puede considerarse sola-

(145) JUAN PABLO II, *La renovación espiritual y humana de Europa...*, 185-186.

(146) Cf. *Ibid.*

mente una estructura económica, basada en un sistema monetario común. La unidad europea ha de fundamentarse sobre un sistema de valores, personales y colectivos, donde la existencia se comprenda como don y tarea para el hombre, donde el prójimo sea aquel de quien cada uno se hace responsable y donde la vida de cada uno se ponga al servicio de los demás. Este convencimiento ha de tener su reflejo en políticas humanitarias, generosas y nunca excluyentes.

En este horizonte, la peregrinación pasa de tener un valor simple y exclusivamente cultural e histórico a ser un valor constitutivo y constituyente de la común civilización europea. El peregrino contribuye eficazmente a la construcción de la única Europa posible: la que tiene una referencia espiritual con sus principios morales y sociales, su cultura, su arte y su sensibilidad, es decir, la que tiene sus raíces en la tradición cristiana que la impregnó profundamente en cada una de sus fibras.

69.- Proyección jacobea en América

No olvidamos la proyección del Apóstol Santiago en América. Ya en los primeros momentos, el descubrimiento y la evangelización del Nuevo Mundo están marcados con el sello de lo jacobeo y han de ser interpretados “*a la luz misteriosa de la vía láctea*”. Este acontecimiento abría un Nuevo Camino de Santiago, cuya estrella sigue iluminando la realidad religiosa y cultural de los pueblos hermanos¹⁴⁷. Desde esta sintonía la Iglesia particular compostelana mira fraternalmente al “Continente de la Esperanza”, invitando a sus gentes a peregrinar a la “*Casa del Señor Santiago*”, “*Patrón de las Españas y ayudador de cristianos*”, que tiene allí dedicados muchos templos y altares, y cuya devo-

(147) Cf. J.M^a DIAZ FERNÁNDEZ, *Santiago y América. Sentido y alcance de una exposición*. Santiago y América, Santiago de Compostela 1993, 20-31.

ción obtuvo la máxima difusión después de la devoción a la Virgen María.

Exhortación final

En esta hora también “Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas, donde se ha venido dispensando por siglos y siglos, sin discriminación alguna, el pan de la perdónanza y de la gracia, quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de Evangelización”¹⁴⁸. Este es el anuncio gozoso y la invitación fraterna a traspasar los umbrales de la Puerta Santa en el Año Jubilar Compostelano 2004, primero del tercer milenio del cristianismo. En la Casa del Señor Santiago sigue resonando la llamada a la esperanza que consume pero transforma y rejuvenece a través del Evangelio siempre joven, y “*la esperanza no defrauda porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado*” (Rom 5,5).

Esta Iglesia particular de Santiago de Compostela sale al encuentro de todos los peregrinos, ofreciéndoles su acogida y animándoles a renovar la memoria de la tradición apostólica y a fortalecer la fe para ser testigos de Cristo en los acontecimientos de la vida de cada día. Ya desde ahora oremos insistentemente para que este Año Santo sea para gloria de Dios y bien de la Iglesia y del mundo. A la protección del Apóstol Santiago, amigo del Señor, y de Santa María, Madre de misericordia y Virgen Peregrina, os encomiendo en la esperanza de que los frutos abundantes de esta celebración jubilar nos ayuden a revitalizar nuestra vida cristiana, manteniéndonos firmes en la fe, seguros en la esperanza y constantes en la caridad.

(148) JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre. IV Jornada Mundial de la Juventud. Santiago de Compostela, Agosto 1989, La Coruña 1990, 232.*

En la festividad de la Traslación del Apóstol, 30 de diciembre de 2002.

† **Julián Barrio Barrio,**
Arzobispo de Santiago de Compostela.

Í N D I C E

“PEREGRINO POR GRACIA”

“¿QUÉ CONVERSACIÓN ES LA QUE LLEVÁIS
POR EL CAMINO...?” (Lc 24,17)

VIDA CRISTIANA, VIDA DE GRACIA	3
1. <i>Vida cristiana, vida de gracia</i>	5
2. <i>Año Santo Compostelano, año de gracia</i>	11
3. <i>Anuncio gozoso de esta celebración jubilar</i>	16
I. PEREGRINACIÓN A SANTIAGO DE COMPOSTELA, “LUGAR DE PERDONANZA Y DE GRACIA, FOCO LUMINOSO DE VIDA CRISTIANA”	21
1. <i>El Peregrino jacobeo en el inicio del tercer milenio</i>	23
2. <i>Sentido cristiano de la peregrinación</i>	27
3. <i>La peregrinación a Santiago como impulso de nueva evangelización</i>	36
4. <i>Peregrinar en la Iglesia “peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora”</i>	38
II. LA PEREGRINACIÓN COMO VIVENCIA DEL ENCUENTRO CON EL SEÑOR	45
1. <i>Condescendencia y gracia de Dios</i>	47
2. <i>A la búsqueda del sentido de la vida</i>	50
3. <i>Peregrinación y conversión</i>	53
4. <i>Vivencia del encuentro con el Señor</i>	57
III. PEREGRINOS EN LA PRESENCIA DEL SEÑOR	59
1. <i>La disponibilidad que salva</i>	61
2. <i>El hombre, buscador de Dios</i>	63
3. <i>Dios, buscador del hombre</i>	65
4. <i>El hombre en la presencia de Dios</i>	66

IV. DINAMISMO DE LA PEREGRINACIÓN	71
1. <i>La peregrinación, práctica constante en la historia de la humanidad</i>	73
2. <i>Los itinerarios de la peregrinación espiritual</i>	75
3. <i>La espiritualidad de la peregrinación</i>	79
V. CRISTO, PEREGRINO DE LA GRACIA DEL PADRE.....	85
1. <i>Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre</i>	87
2. <i>Cristo, autodonación de Dios a la criatura</i>	90
3. <i>Cristo, peregrino por amor al hombre</i>	93
4. <i>María, peregrina por gracia e “icono de la Iglesia</i> <i>peregrina en el desierto de la historia”</i>	94
VI. LA PEREGRINACIÓN JACOBEO EN LA NUEVA EUROPA ..	97
1. <i>El nacimiento de la conciencia de Europa en la peregrinación a Santiago</i>	99
2. <i>La historia de Europa como historia de su evangelización</i>	101
3. <i>Descubrimiento de los orígenes de Europa a través de la peregrinación jacobea</i>	103
<i>Exhortación final</i>	107